

Capítulo 18 – El final del sueño.

Introducción

Este capítulo desarrolla el tema importante de cómo y por qué el ego fabricó el mundo y el cuerpo, y luego, cómo estos son utilizados por el Espíritu Santo como instrumentos para deshacer el sistema de pensamiento

del ego. Dos frases resumen este tema: “El cuerpo no es el fruto del amor.

Aun así, el amor no lo condena y puede emplearlo amorosamente ...” (T18.VI.4:7-8). El cuerpo y el mundo fueron creados por el ego como ataques

a Dios, Cuyo Amor no tuvo nada que ver con ellos ya que son ilusiones. Sin

embargo, una vez fabricado, el cuerpo no fue condenado por Él. En cambio,

el Espíritu Santo, la Voz de Dios, cambia el propósito del cuerpo de la culpa

y el ataque al perdón y al despertar. Este tema también continuará en el

Capítulo 19. Por cierto, desde el Capítulo 18 hasta el final del texto, vemos

la creciente belleza y riqueza de tapiz sinfónico de Jesús. Es verdaderamente una maravilla, tanto en su lenguaje (forma) como en su

enseñanza (contenido).

Comenzamos, como lo hacemos con frecuencia, con aquello contra lo que

el ego diseña su estrategia: el principio de Expiación. Una vez más vemos

que el propósito lo es todo. Comprendiendo el método del ego al diseñar su

sistema de pensamiento de locura, que culmina en fabricar el mundo de los

cuerpos, vemos más fácilmente cómo deshacerlo. Examinaremos varios

pasajes de "Más allá del cuerpo" que reflejan el pensamiento de Expiación

de que la separación de Dios nunca sucedió. A esta verdad el ego emite su

respuesta: el cuerpo y las relaciones especiales.

El principio de Expiación.

(VI.1:1-4) No hay nada externo a ti. Esto es lo que finalmente tienes que

aprender, pues es el reconocimiento de que el Reino de los Cielos te ha sido restaurado. Pues eso fue lo único que Dios creó, y Él no lo abandonó ni se separó a Sí Mismo de él. El Reino de los Cielos es la morada del Hijo de Dios, quien no abandonó a su Padre ni mora separado de Él.

La premisa del sistema de pensamiento del ego es que hemos abandonado

nuestra Fuente, sin esperanza de poder regresar. El pecado contra Dios es

irrevocable, y con el Cielo desaparecido para siempre, nuestro hogar permanente se ha convertido en el ego. Esto incluye las vivencias transitorias en el cuerpo, la encarnación de la separación, especialismo y

muerte por parte del ego. A toda esta locura, la Expiación dice simplemente

que nada de eso ocurrió; los sueños, incluso las pesadillas horribles, son el

sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido (T13.in.2:2) y no tienen ningún efecto sobre la realidad: las ideas no abandonan su Fuente.

(VI.1:5-6) El Cielo no es un lugar ni tampoco una condición. Es simplemente la conciencia de la perfecta Unicidad y el conocimiento de

que no hay nada más: nada fuera de esta Unicidad, ni nada adentro.

Esta afirmación es el golpe de gracia para el ego, por lo cual, él diseña su

estrategia para mantenernos alejados del pensamiento de que la Unidad del

Cielo es Quienes somos, una Identidad que permanece para siempre como

nuestra. El problema del ego es obvio una vez que consideramos que la

unidad y la separación son estados mutuamente excluyentes. Si lo primero

es cierto, como afirma inequívocamente la Expiación, una identidad individual es imposible y el ego es inexistente. De ahí el terror del ego.

(VI.2:1-3) ¿Qué otra cosa podría dar Dios, sino el conocimiento de Sí

Mismo? ¿Hay algo más que se pueda dar? La creencia de que puedes dar u obtener otra cosa – algo externo a ti – te ha costado la conciencia del Cielo y la de tu Identidad.

Adoptar el sistema de pensamiento del ego de que hay algo más que la

Voluntad de Dios o conocimiento, no nos ha costado el Cielo, sino sólo nuestra conciencia de él. Esta es la motivación para el plan del ego de mantenernos sin mente: asegurarse de que nunca nos demos cuenta de

nuestro Ser, lo cual seguramente sucederá si volvemos a la mente tomadora de decisiones.

Aquí ahora hay otra declaración del principio de Expiación:

(VI.5:4) Pues tu deseo de hacer que lo que no tiene la capacidad de destruir sea destructivo, no puede tener ningún efecto real.

A lo largo de nuestra sinfonía hemos invocado esta maravillosa línea, y continuaremos haciéndolo: "... no se perdió ni una sola nota del himno Celestial" (T-26.V.5:4). La impotencia innata del ego no pudo destruir a Dios o a Su Amor; el flujo de la música eterna del Cielo no se ha visto afectado en absoluto por lo que nunca ocurrió.

(VI.5:5-7) Lo que Dios creó sólo puede ser como Él quiere que sea, pues

así lo dispone Su Voluntad. Tú no puedes hacer que Su Voluntad sea destructiva. Puedes, no obstante, forjar fantasías en las que tu voluntad

entra en conflicto con la Suya, pero eso es todo.

La enseñanza del ego de que nuestra voluntad puede entrar en conflicto con

la de Dios y hacer que haya algo más que Dios Mismo, es pura fantasía. La

destrucción es imposible para Dios y es imposible para Su Hijo. Esto significa que, sin la voluntad aparentemente destructiva de la mente tomadora de decisiones, no puede haber ego. De ahí, la necesidad del ego

de que el Hijo esté sin mente, porque de esta manera se nos lleva a abrazar

sus versiones distorsionadas de la expiación, que convierten a Dios en una

fuerza destructiva que exige el sacrificio de Su Hijo como expiación por su

pecado. Incluso más loco que este pensamiento en sí es nuestra creencia en él, y cambiar esa creencia es el único propósito de Un Curso de Milagros.

El miedo del ego a la Expiación.

(VI.9:3-4) No hay ninguna barrera entre Dios y Su Hijo, y Su Hijo no puede estar separado de Sí Mismo, salvo en ilusiones. Ésa no puede ser

su realidad, aunque él crea que lo es.

Esto expresa el tema importante de la creencia: nuestra realidad como espíritu permanece tal como Dios la creó, pero nosotros somos libres dentro

del sueño de creer lo que elijamos, incluso el imposible pensamiento de

separación: las ideas sí abandonan su Fuente. Es esta libertad de creencia la

que el ego quiere preservar paradójicamente negando el poder de la mente

para elegir, la ingeniosa estrategia de la ausencia de la mente que ahora

consideramos:

(VI.9:5-10) Sólo podría serlo si Dios se hubiese equivocado. Dios habría tenido que crear de modo diferente y haberse separado de Su Hijo para

que esto sea posible. Él habría tenido que crear diferentes cosas, y establecer diferentes órdenes de realidad, de los que solo algunos fuesen

amor. Pero el amor tiene que ser eternamente igual a sí mismo, sin alternativas e inmutable para siempre. Y, por lo tanto, así es. Tú no puedes poner una barrera a tu alrededor porque Dios no puso ninguna entre tú y Él.

Estas declaraciones finales hacen que el ego retroceda, porque en ellas el

Hijo reconocería la verdad del Espíritu Santo: la separación nunca ocurrió y

todo lo que dijo el ego fue mentira: las ideas no abandonan su Fuente; nuestra Fuente no abandonó Su Idea. Para asegurarse de que el Hijo nunca

escuche esta Voz de Expiación, el ego diseña un plan. Su estrategia, como

hemos visto tantas veces en nuestra interpretación sinfónica de este texto sinfónico, es salvarse a sí mismo fabricando un sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo (que será explorado en mayor profundidad en el capítulo siguiente), el único propósito del ego es infundir el temor a Dios en la mente dividida. Esto nos proporciona la motivación para huir urgentemente a un cuerpo sin mente, habitando un mundo ilusorio que fabricamos expresamente para ese propósito. En resumen, el objetivo del ego es asegurarse de que nunca recuperemos el poder de la mente para elegir. Si realmente decidiésemos contra la ilusión y en favor de la verdad, el ego desaparecería. Examinamos ahora varios pasajes que enuncian este plan.

El cuerpo y el mundo.

(VI.2:4-5) Y has hecho algo todavía más extraño, de lo cual ni siquiera te has percatado: has transferido la culpabilidad de tu mente a tu cuerpo.

Esta es la clave del plan del ego. Fantasea con la culpa, diciéndonos que es tan horrible que tenemos que huir al cuerpo. Proyectamos la culpa de la mente, fabricando un mundo de formas en el que ocultamos el contenido

subyacente. Una vez hecho esto – “la primera proyección del error al exterior” (T-18.I.6:1) – continuamos proyectando a nivel individual, convirtiendo continuamente al mundo y a sus habitantes en los culpables,

los responsables de nuestros pecados y la causa de nuestra angustia.

(VI.2:6) El cuerpo, no obstante, no puede ser culpable, pues no puede hacer nada por su cuenta.

Este tema se articula repetidamente aquí. Dado que el cuerpo es literalmente nada disfrazado de algo, no puede hacer nada por su cuenta.

¿Cómo podría la nada ser culpable, si esta nada no puede pecar? El creer

que puede es el nivel de confusión entre mente y cuerpo que Jesús discutió

mucho antes (T-1.I.23; T-2.IV.2). Veremos ahora cómo la decisión continua

de la mente en favor de la culpa fabrica y energiza el cuerpo, preservando la

experiencia del mismo como real.

(VI.2:7) Tú que crees odiar a tu cuerpo, no haces sino engañarte a ti mismo.

Todos odiamos nuestros cuerpos, o diferentes aspectos de ellos, especialmente a medida que envejecemos. Incluso cuando nosotros éramos

niños, creíamos que nuestros cuerpos no eran tan atractivos como los demás, ni tan fuertes, atléticos o inteligentes; a los niños y niñas les gustaban otros niños y niñas, no nosotros. A este error de confundir niveles,

Jesús afirma: "No es el cuerpo lo que odias; después de todo, ¿cómo puedes

odiar una ilusión? Es el pensamiento de culpa en tu mente lo que desprecias". Él continúa:

(VI.2:8) Odias a tu mente, pues la culpabilidad se ha adentrado en ella, y procura mantenerse separada de la mente de tu hermano, lo cual no puede hacer.

El ego nos dice que podemos separarnos de nuestros hermanos porque nos

separamos de Dios. La culpa (u odio a uno mismo) refuerza la ilusión, porque somos culpables del pecado real de separación. El perdón, por otro

lado, suavemente deshace nuestro "pecado" porque deshace las barreras del

juicio que nos dividen. Esto libera el recuerdo del Hijo de Dios tal como fue

creado: uno consigo mismo y con su Fuente.

(VI.3:1) Las mentes están unidas; los cuerpos no.

Ésta es la razón por la que el ego fabricó el mundo de los cuerpos ("Así fue

cómo surgió lo concreto" [L-pl.161.3:1]). El ego toma el pensamiento de la

mente de la separación de Dios y lo proyecta en la forma. Dado que las ideas no se abandonan su fuente y que la proyección da lugar a la

percepción, el pensamiento de separación debe dar lugar a un mundo de
de
cuerpos separados que percibimos como reales. Esto da crédito a la
creencia
de que la separación fue un suceso real, una parte integral del plan del
ego
para confundirnos acerca de un yo que ahora experimentamos como
alojado
en un cuerpo sin mente que oculta la culpa de la mente. El propósito
último
de este engaño es convencernos de que no somos criaturas de Dios,
creados
a Su inmutable imagen y semejanza, uno en amor e inocencia, sino
que
somos creaciones imperfectas del pecado del ego, mantenidas siempre
separadas por los cuerpos.

(VI.3:2-4) Sólo al atribuirle a la mente las propiedades del cuerpo
parece posible la separación. Y es la mente la que parece ser algo
privado, y estar fragmentada y sola. Proyecta su culpabilidad, que es lo
que la mantiene separada, sobre el cuerpo, el cual sufre y muere
porque

se le ataca a fin de mantener viva la separación en la mente e impedir
que conozca su Identidad.

El ego no quiere que recordemos a nuestro Ser, lo que seguramente
haríamos si ejercitáramos el poder de la mente para elegir. Se inventa
una

historia de un yo pecador y separado que merece ser destruido por
Dios,

necesitando huir de la mente al cuerpo. Todo lo que despreciamos de
nosotros mismos es proyectado en el mundo y el cuerpo, y concluimos
que

otros cuerpos hicieron las criaturas pecadoras que creemos que somos.

Esto

nos permite creer que nuestra existencia no es culpa nuestra y que los
problemas residen en los otros cuerpos no en el nuestro. Consultando
el

gráfico (ver Apéndice), vemos el problema en el cuadro inferior como
"Mundo de la separación - percepción". Esta cortina de humo esconde
el

cuadro de la mentalidad-errada del pecado, la culpa y el miedo, y es una

defensa contra nuestra elección del contenido del cuadro de la mentalidad correcta: el recuerdo de Quiénes somos como Cristo.

(VI.6:1) Es una locura usar el cuerpo como chivo expiatorio sobre el que descargar tu culpabilidad, dirigiendo sus ataques y culpándolo luego por lo que tú mismo quisiste que hiciese.

Esto expone las tácticas del ego. Toma la culpa de la mente, a la cual odiamos porque nos recuerda nuestro pecado, y la proyecta sobre un cuerpo

que es literalmente nada. Habiendo el ego hecho esto, un velo de olvido (la

línea continua en el gráfico) atraviesa la mente y bloquea nuestro regreso a

ella. Se nos dice que esto nos protege de la culpa, pero el ego oculta el hecho de que solo protege de que nuestros toma-dores de decisiones elijan

al Espíritu Santo. Luego culpamos al cuerpo por los pecados que desplazamos de la mente, asegurando que nunca se puedan perdonar ni

deshacer.

(VI.6:2-8) Es imposible exteriorizar fantasías, pues siguen siendo lo que tú deseas y no tienen nada que ver con lo que el cuerpo hace. El cuerpo

no sueña con ellas, y lo único que éstas hacen es convertirlo en un lastre

en vez de en algo útil. Pues las fantasías han hecho de tu cuerpo tu "enemigo"; algo débil, vulnerable y traicionero, merecedor del odio que

le tienes. ¿De qué te ha servido todo esto? Te has identificado con eso que odias, el instrumento de venganza y la aparente fuente de tu culpabilidad. Le has hecho esto a algo que no tiene significado, proclamándolo la morada del Hijo de Dios y haciendo luego que se vuelva contra él.

La nada intrínseca del cuerpo significa que todo lo que le atribuimos es la

proyección de la mente. Dado que el ego nos ha convencido de que somos

"la morada del mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1), esto se

convierte en la percepción de nuestro yo personal: traicionero y falto de fe,
y, por lo tanto, propenso al ataque y vulnerable al castigo. Sin embargo, no es el cuerpo el que hace estas cosas: sus fantasías de dolor y destrucción, de poder y placer, son meras proyecciones de la creencia de la mente en la separación y en la necesidad de protección. De esta manera, la aparente solidez del cuerpo se convierte en el testigo del hecho de la separación y la irrealidad de la mente. A pesar de este "hecho", cuando el cuerpo expresa el propósito del perdón del Espíritu Santo, se convierte en un salón de clases de sanación y en un bien valioso en nuestro viaje a casa.

El siguiente pasaje se encuentra entre las declaraciones más claras e importantes de Un Curso de Milagros que expresan el propósito del cuerpo de asegurar que nunca miremos hacia adentro a la culpa de la mente: (IX.3:1-3) Parece como si desde el mundo de los cuerpos, al que la demencia dio lugar, se le devolvieran a la mente que lo concibió mensajes descabellados. Y esos mensajes dan testimonio de dicho mundo, y lo proclaman real. Pues tu enviaste a esos mensajeros para que te trajesen esos mensajes. Estos mensajes descabellados nos dicen que de hecho hay un mundo ahí fuera, lo que significa que no hay un mundo aquí (es decir, en la mente).

Nuestros órganos de percepción informan al cerebro, el cual interpreta los datos sensoriales que están diseñados para probar la realidad de un mundo separado, externo a nosotros y lleno de multitudinarias formas y tamaños, tanto animados como inanimados. Como acabamos de ver, esta es la motivación para haber hecho el mundo de lo concreto que parece demostrar

la verdad del pensamiento específico de separación, negando su fuente en la mente. Jesús corrige esta locura enseñándonos repetidamente que no hay mundo, sino sólo la creencia de la mente en su existencia. (IX.3:4-6) De lo único que dichos mensajeros te hablan es de cosas externas. No hay mensaje que hable de lo que está subyacente, pues el cuerpo no podría hablar de ello. Sus ojos no lo pueden percibir; sus sentidos siguen siendo completamente inconscientes de ello y su lengua no puede transmitir sus mensajes. En términos de nuestro gráfico, "lo que está subyacente" (la mente) está realmente arriba, por lo que debemos hacer un cambio topográfico para este capítulo. No se puede decir con demasiada frecuencia que el cuerpo fue hecho literal, específica y deliberadamente, para ocultar la mente, y no hace nada excepto lo que la mente le dice que haga. Nosotros, como cuerpos, sin embargo, no tenemos idea de que ella está dando las órdenes que obedecemos. Es como si estuviéramos corriendo a través de un programa de computadora sin entendimiento o recuerdo del programador; nuestros cuerpos simplemente siguen los dictados de la mente. Las palabras de Jesús se reflejan en la línea continua del gráfico que separa la mente del mundo. Esta es el velo que, aunque mantiene la mente oculta, no puede evitar que ésta perfore la línea para entregar sus mensajes. Sin embargo, cuando nos los dan, perdemos todo recuerdo de su fuente. Nosotros hablamos de agentes externos que parecen obligarnos a hacer lo que hacemos, exactamente lo que el ego quiere que creamos: que somos víctimas de fuerzas más allá de nuestro control, impotentes sobre lo que

sucede, ya sea que estemos hablando de personas, clima, circunstancias o historia genética.

Los dos párrafos que siguen son difíciles de entender, en parte debido al uso

de pronombres. Yo (Ken Wapnick) proporcionaré los sustantivos apropiados entre paréntesis:

(IX.4:1) El círculo de temor yace justo debajo del nivel que los ojos del cuerpo perciben, y aparenta ser la base sobre la que el mundo descansa.

El círculo de temor es la base del mundo, y la palabra aparenta refleja la

naturaleza ilusoria del ego que nos dice que nuestro temor a la ira de Dios

es real, lo que justifica nuestra huida hacia el mundo en busca de seguridad.

Nuestras experiencias individuales tienen sus raíces en este círculo, desconocido para nosotros, el cual está representado por el cuadro de la

mentalidad-errada en el gráfico.

(IX.4:2) Ahí se encuentran todas las ilusiones, todos los pensamientos distorsionados, todos los ataques dementes, la furia, la venganza y la traición que se concibieron con el propósito de conservar la culpabilidad, de modo que el mundo pudiese alzarse desde ella [desde la culpabilidad] y mantenerla oculta [a la culpabilidad].

Hemos tenido una discusión extensa en capítulos anteriores sobre el papel

de la culpabilidad y la proyección. De nuevo aquí y en el próximo capítulo

también, vemos cómo la proyección de la culpabilidad, sin mencionar el

pecado y el odio, inventó el mundo y el cuerpo. De hecho, el universo fenomenal surgió de la culpa precisamente para mantenerla oculta.

Además,

dado que el ego lo inventó todo, no hay culpabilidad ni siquiera para ser

enterrada en nuestras mentes. Nosotros ahora sabemos muy bien que el

propósito del ego es hacer que el Hijo de Dios no tenga mente, para que

nunca pueda recuperar el poder de su mente para elegir. Este poder es el miedo supremo del ego, ya que este sigue siendo nuestro, mientras aún nos identificamos con el yo separado y especial que necesita la culpa para protegerlo de la verdad.

(IX.4:3) Su sombra [de la culpabilidad] se eleva hasta la superficie lo suficiente como para conservar sus manifestaciones [de culpabilidad] más externas en la oscuridad [todo en el mundo], y para causarles desesperación [en la oscuridad] y mantenerlas [en la oscuridad] en la soledad y en la más profunda tristeza.

La oscuridad de la que habla Jesús es el mundo, específicamente el mundo de especialismo. Este es un desesperanzado lugar sin alegría, a pesar de los intentos especiales del ego por demostrar lo contrario. El hogar de nuestro cuerpo no es nada más o ni nada menos que la imagen externa del desesperanzador sistema de pensamiento mental de pecado, culpa y miedo, con sus pensamientos concomitantes de furia, venganza, traición y muerte.

(IX.4:4) Su intensidad [de la culpabilidad], no obstante, está velada tras pesados cortinajes [el cuerpo y el mundo], y [la culpabilidad] se mantiene aparte de lo que se concibió [el cuerpo] para ocultarla [a la culpabilidad].

Esta es una declaración clara del propósito del mundo: mantener la realidad

de la culpa, pero separada del mundo perceptivo de la forma, los "pesados

cortinajes" del cuerpo. El mundo no puede sino cegarnos a la mente ("Nada

es tan cegador como la percepción de la forma". [T-22.III.6:7]) sin embargo,

todo sucede sólo dentro de ella: la fuente del loco sistema de pensamiento

de culpa del ego que está astutamente diseñado para evitar queelijamos la

amable cordura de la Expiación.

(IX.4:5) El cuerpo es incapaz de ver todo esto [la culpabilidad], pues surgió de ello [de la culpabilidad] para ofrecerle protección [a la culpabilidad], la cual depende de que eso [la culpabilidad] no se vea.

La culpabilidad se mantiene oculta para que no la veamos. La importancia

de este tema recurrente de mirar no puede ser exagerada, porque no podemos dejar ir lo que no sabemos que está allí. Como hemos aprendido,

el cuerpo es el instrumento del ego por excelencia para asegurarse de que

no miremos hacia adentro a la culpabilidad, protegiendo así su deshacimiento. Esto significa que la culpabilidad se mantiene en su lugar

por la decisión de la mente, la cual, si no se cambia, mantiene la culpabilidad intacta. Una vez más, el cuerpo no puede ver la culpa, porque

el cuerpo surgió de ella para protegerla. En efecto, la existencia continua de

la culpabilidad depende de nuestra creencia en lo que es invisible e irreal.

Jesús cambia las tornas sobre el ego enseñándonos cómo usar el cuerpo con

amor para regresar a la mente, reconociendo que el mundo es la “imagen

externa de una condición interna” (T-21.in.1:5). Seguimos con este tema.

(IX.4:6-7) Los ojos del cuerpo nunca lo verán [a la culpabilidad]. Pero verán lo que [la culpabilidad] dicta.

El cuerpo nunca verá la culpabilidad, pero la culpabilidad determina todo lo

que pensamos, sentimos, decimos y hacemos. Recuerda que el cuerpo es

como un títere sin vida que simplemente actúa según las instrucciones del

titiritero. Este es ni más ni menos que una ilusión animada que parece estar

viva y ser autónoma, pero no ve, no oye ni siente nada.

(IX.5:1) El cuerpo seguirá siendo el mensajero de la culpabilidad y actuará tal como ella [la culpabilidad] le dicte mientras tú sigas

creyendo que la culpabilidad es real.

Paradójicamente, creemos que la culpabilidad es real en la medida en que

no sabemos que ella está ahí. Como el ego teme que elijamos contra la culpa, este desarrolla su estrategia de la ausencia de la mente: no podemos

utilizar la mente tomadora de decisiones para elegir de nuevo si no sabemos

que tenemos una, de lo que el cuerpo y sus relaciones especiales aseguran

que nunca recordaremos. Mediante este ingenioso engaño, el ego logra

convencernos de la realidad de la culpabilidad y la necesidad de escapar de

ella a través de la proyección del futuro infernal que nos presagia.

(IX.5:2-4) Pues la supuesta realidad de la culpabilidad es la ilusión que hace que ésta [la culpabilidad] parezca ser algo denso, opaco e impenetrable, y la verdadera base del sistema de pensamiento del ego.

Su [de la culpabilidad] delgadez y transparencia no se vuelven evidentes hasta que ves la luz que yace tras ella. Y ahí, ante la luz, la ves [a la culpabilidad] como el frágil velo que es.

La culpabilidad no es un sólido muro sino un "frágil velo", delgado y transparente. Mirándola con Jesús, llevando la oscuridad del ego a su luz,

reconocemos la nada de la culpabilidad. Vista en la radiante verdad de la

Expiación, la sombría oscuridad del sistema de pensamiento del ego se desvanece suavemente, porque la culpabilidad no es ni siquiera un "frágil

velo"; no es nada.

Continuando con nuestro enfoque en el cuerpo, pasamos al comienzo de

"No tengo que hacer nada". Una vez más, nosotros fabricamos el cuerpo

para que escondiera la culpa, y nosotros inventamos la culpa para preservar

la decisión original de la mente en favor del ego y del yo separado que anhelamos, codiciamos y apreciamos, defendiéndolo incluso hasta nuestra

muerte y/o la muerte de otros. Este sistema de pensamiento de ataque y mortalidad nos mantiene enraizados en el ego y, sobre todo, mantiene nuestra identificación con el cuerpo. Aunque Un Curso de Milagros nos dice que el cuerpo no es real y describe continuamente el propósito odioso y destructivo del ego, nos aferramos a nuestros engaños, sin inmutarnos al deificar el cuerpo y adorarlo en sus santuarios de culpa y odio. (VII.1:1) Tienes demasiada fe en el cuerpo como fuente de fortaleza. Creemos que no es la mente sino el cuerpo lo que nos protege, junto con la inteligencia e ingenio del cerebro, y reforzados por nuestra experiencia pasada. Este enfoque corporal proviene de no elegir a Jesús como nuestro maestro, en el que nos sentimos “fuertes” en nuestro arrogante desafío. El ego luego nos hace proyectar la debilidad subyacente de la mente (el sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo) en el cuerpo. A través de la dinámica de formación de reacciones, negamos la debilidad básica del cuerpo al verlo como nuestra fortaleza y salvación. (VII.1:2-3) ¿Qué planes haces que de algún modo no sean para su comodidad, protección o disfrute? De acuerdo con tu interpretación, esto hace del cuerpo un fin y no un medio, lo cual siempre quiere decir que todavía te atrae el pecado. Este enfoque en las necesidades del cuerpo proporciona la distracción que demanda el ego, reflejando su atracción por el pecado que nos dice que la separación de Dios realmente sucedió, es decir, que yo existo. (VII.1:4-6) Nadie que aún acepte el pecado como su objetivo, puede aceptar la Expiación. Por lo tanto, todavía no has aceptado tu única responsabilidad. Aquellos que prefieren el dolor y la destrucción no le dan la bienvenida a la Expiación. Debido a que el problema del ego es que nuestras mentes siempre pueden elegir la Expiación, arraiga nuestra atención en el cuerpo sin mente,

específicamente en el dolor y la destrucción. No importa lo incómodo que sea nuestro sufrimiento, no obstante, afirma nuestra existencia como cuerpos, el paso final en el plan secreto para suplantar a Dios. Sirviendo al propósito subyacente del ego de preservarse a sí mismo negando la mente, elegimos estar decepcionados y experimentar dolor corporal. Los capítulos siguientes explicarán en detalle cómo nuestro sufrimiento sirve para acusar a otros de nuestro pecado secreto. Mirando ahora "El pequeño jardín", profundizamos nuestra comprensión del propósito del ego para el cuerpo: (VIII.1:1-2) Estar consciente del cuerpo es lo único que hace que el amor parezca limitado, pues el cuerpo es un límite que se le impone al amor. Hemos visto que el Cielo es "la conciencia de la perfecta Unicidad" (T18.VI.1:6). Por otro lado, el cuerpo – el hogar especial de la culpa del ego – expresa la separación, delimitando su lugar como distinto de los cuerpos de otros que demarcan el suyo. Ésta es la limitación de la inherente unidad del amor. (VIII.1:3) La creencia en un amor limitado fue lo que dio origen al cuerpo, que fue concebido para limitar lo ilimitado. Al elegir separarnos continuamente de Dios, le decimos que Su Amor no es suficiente, porque queremos un amor que pueda expresarse en un yo y en un cuerpo separado y limitado – amor especial. Limitar lo ilimitado y deificar lo limitado es el único propósito del pensamiento de separación y su proyectado cuerpo. (VIII.1:4) No creas que esto es algo meramente alegórico, pues el cuerpo fue concebido para limitarte a ti. Jesús nos dice explícitamente que no está hablando con símbolos. La

verdad literal es que el cuerpo fue hecho para limitar el amor, y entonces, ¿cómo podríamos esperar encontrar el amor allí, dado que el amor es ilimitado? ¿Cómo podríamos recordar nuestra Totalidad como Cristo cuando nos identificamos con lo corpóreo? A pesar del propósito del ego, cuando se le da al Espíritu Santo, el cuerpo puede expresar el perdón que es el reflejo del amor, ya que lo que hicimos para separar se transforma en un aula en la que aprendemos a deshacer las lecciones de juicio y ataque del ego. Pasar de las relaciones especiales a las relaciones santas nos ayuda reconocer la irrealidad fundamental del cuerpo y la realidad (dentro del sueño) de la mente tomadora de decisiones. Este reconocimiento es el precursor necesario para la curación. (VIII.1:5-6) ¿Cómo podrías tú, que te ves a ti mismo dentro de un cuerpo, saber que eres una idea? Identificas todo lo que reconoces con cosas externas, con algo externo a ello mismo. Esto significa conocernos a nosotros mismos como un pensamiento (una idea) y, en última instancia, como un Pensamiento de Dios. Esto no es posible siempre que nos veamos como cuerpos, la limitación del amor. Reiterando este punto central, persistimos en identificarnos con este yo físico/psicológico limitado porque nos impide recordar el Amor perfecto e ilimitado que es nuestro Ser. En otras palabras, dado que no puede haber una expresión individual de la Idea del Amor perfecto, la mejor manera para que el ego se defienda de que elijamos recordar nuestra Identidad es llamar continuamente la atención sobre el cuerpo específico y sin mente, la aparente causa y objeto de nuestro placer y dolor. (VIII.1:7) Ni siquiera puedes pensar en Dios sin imaginártelo en un cuerpo, o en alguna forma que creas de reconocer. Esta línea nos ayuda a comprender por qué en Un Curso de Milagros Jesús

habla de Dios como si fuera un cuerpo, como un miembro del homo sapiens nada menos. Nuestra Fuente ("Abstracción Divina" [T-4.VII.5:4]) es descrita como un Padre, que tiene un plan, e incluso que tiene partes del cuerpo: un corazón, brazos, manos e implícitamente una boca a través de la cual habla Su Voz, y ojos con conductos lagrimales porque llora. Todos estos, sin embargo, son símbolos que expresan el Amor de Dios para nosotros quienes, como cuerpos percibidos, ni siquiera podemos pensar en nuestro Creador sin un cuerpo. Esto también se aplica a Jesús, porque inevitablemente pensamos en él como la persona bíblica en lugar del pensamiento en la mente del amor perfecto. Esto no tiene por qué ser de mentalidad-errada, porque mientras nos veamos como cuerpos, necesitamos símbolos y necesitamos pensar en Jesús, el Espíritu Santo, e incluso Dios como personas distintas. Al final, sin embargo, debemos reconocer que Dios es un Pensamiento abstracto – es decir, espíritu – como lo somos nosotros.

(VIII.2:1-4) El cuerpo es incapaz de saber nada. Y mientras limites tu conciencia a sus insignificantes sentidos, no podrás ver la grandeza que te rodea. Dios no puede hacer acto de presencia en un cuerpo ni tú puedes unírte a Él ahí. Todo límite que se le imponga al amor parecerá siempre excluir a Dios y mantenerte separado de Él. Por eso tenemos cuerpos hechos para experimentar solo lo externo. Necesitamos excluir a Dios y mantenerlo a Él y a Su grandeza lejos de nosotros. En presencia de Su Amor perfecto e ilimitado, nuestros seres separados no existen. Dado que la expresión individual es imposible en la Unidad perfecta, nos separamos de Su Amor y desarrollamos un sistema de pensamiento de pecado y culpa, y un mundo externo de especialismo que excluye a Dios. De manera similar, el libro de ejercicios dice: "El mundo se

fabricó como un acto de agresión contra Dios. ... se fabricó con la intención de que fuese un lugar en el que Dios no pudiese entrar..." (L-pII.3.2:1,4).
Nótese una repetición de la corrección explícita (ver T-8.VII.7:1-4; 14:1), desde la perspectiva del Curso, de la noción bíblica de que Dios entró al mundo y al cuerpo a través de Su Hijo Jesús. Recuerda que esto es lo que es teológicamente conocido como la Encarnación, Jesús es Dios encarnado (literalmente: Dios en el cuerpo o en la carne).
(VIII.2:5) El cuerpo es una diminuta cerca que rodea a una pequeña parte de una idea que es completa y gloriosa. La "idea que es completa y gloriosa" es Cristo. El ego aísla el recuerdo de este Ser haciendo que el cuerpo sin mente encarne su gloriosa idea: separación, especialismo y el triunfo sobre el amor.
(VIII.2:6) El cuerpo traza un círculo, infinitamente pequeño, alrededor de un minúsculo segmento del Cielo, lo separa del resto, y proclama que tu reino se encuentra dentro de él, donde Dios no puede hacer acto de presencia.
Creemos que arrancamos la vida del Cielo y la colocamos dentro de un ser que tomamos como nuestra identidad. Ya no somos el glorioso Ser que Dios creó, sino un pensamiento de pequeñez, un yo insignificante que proclamamos que es nuestro reino, protegido de la unidad con muros que llamamos cuerpos que fueron hechos específicamente para excluir la realidad que nuestras mentes engañadas nos dijeron que robamos.
(VIII.3:1-2) Dentro de ese reino el ego rige cruelmente. Y para defender esa pequeña mota de polvo te ordena luchar contra todo el universo.
Por eso nuestras vidas son una serie de batallas, en las que luchamos sin éxito contra las leyes del cuerpo: enfermedad, deterioro y muerte, y ataques

de otros. Luchamos por preservar nuestra pequeña existencia y nuestra
identidad separada al defendernos del recuerdo del Amor de Dios y de
nuestro verdadero Ser. Estos son los "enemigos" de la mente, y las
batallas
inventadas con Ellos son la fuente de las guerras proyectadas que
libran
nuestros cuerpos, personal y colectivamente.
(VIII.3:3-6) Ese fragmento de tu mente es una parte tan pequeña de
ella que, si sólo pudieses apreciar el todo del que forma parte, verías
instantáneamente que en comparación es como el más pequeño de los
rayos de sol; o como la ola más pequeña en la superficie del océano.
En
su increíble ignorancia, ese pequeño rayo ha decidido que él es el sol,
y
esa ola casi imperceptible se exalta a sí misma como si fuese todo el
océano. Piensa cuán solo y asustado tiene que estar ese diminuto
pensamiento, esa ilusión infinitesimal, que se mantiene separado del
universo y enfrentado a él. El sol se vuelve el "enemigo" del rayo de
sol
al que quiere devorar, y el océano aterroriza a la pequeña ola y se la
quiere tragar.
La arrogancia del ego nunca es más evidente que en esta evocadora
imagen
del rayo de sol y la ola del océano creyendo que son el sol y el océano.
Dentro del sistema de pensamiento delirante de la mente errada, el
Hijo
separado cree que es Dios, el Creador despótico con el que él ha
desplazado
a Dios en el trono de la creación. La culpa por este pensamiento
asesino nos
lleva a creer en la muerte inminente a manos de nuestro todo-
poderoso
"enemigo": el Omnipotente Dios Mismo.
(VIII.4) Mas ni el sol ni el océano se dan cuenta de toda esta absurda e
insensata actividad. Ellos sencillamente continúan existiendo, sin saber
que son temidos u odiados por un ínfimo fragmento de sí mismos. Aun
así, no han perdido conciencia de ese segmento, pues este no podría
subsistir separado de ellos. Y lo que piensa que es, no cambia en modo

alguno su total dependencia de ellos para su propia existencia, toda vez que ésta radica en ellos. Sin el sol el rayo desaparecería, y sin el océano la ola sería inconcebible. Es exasperante para nosotros, el tomador de decisiones que se identifica con el ego, que Dios ni siquiera sea consciente de la actividad sin sentido de la separación. Deseamos desesperadamente que Él se dé cuenta de nuestro yo recién ganado, ya que esto le daría sentido a nuestro yo sin sentido. Esta necesidad explica la gran popularidad de la Biblia, ya que su deidad reconoce claramente la existencia de Sus hijos: se preocupa, perdona, se enoja e incluso los destruye. La forma de Su respuesta no importa, porque a diferencia del Dios que Jesús describe en su curso, este Dios realmente responde a Sus hijos pecadores, validando su existencia separada. No obstante, a pesar de la atención que el Creador bíblico nos concede, nuestro ego, como el pequeño rayo de sol o pequeña ola, siguen siendo una nada insignificante soñando que son el todo. Todo el tiempo y mucho más allá del sueño de la separación, el Dios verdadero sigue sin saber de nuestra arrogante, aunque tonta "omnipotencia". Él sigue siendo Aquel en Quien vivimos, de Cuyo Amor siempre hemos sido la extensión que nunca ha abandonado su Fuente.

(VIII.5) Tal es la extraña situación en la que parecen hallarse aquellos que viven en un mundo habitado por cuerpos. Cada cuerpo parece ser el albergue de una mente separada, de un pensamiento desconectado del resto, que vive solo y que de ningún modo está unido al Pensamiento mediante el cual fue creado. Cada diminuto fragmento parece ser autónomo, y necesitar a otros para algunas cosas, pero sin ser de modo alguno completamente dependiente para todo de su único

Creador, ya que necesita la totalidad para poder tener algún significado, pues por sí solo no significa nada. Ni tampoco puede tener una vida aparte e independiente.

Jesús vuelve aquí al tema de las relaciones especiales, en las que cada pequeño fragmento de la Filiación necesita otros fragmentos, haciéndose

dependiente de cuerpos animados e inanimados para satisfacer sus necesidades. De esta manera nos defendemos del recuerdo de nuestra total

dependencia de Dios y Su Unicidad, ya que somos esa Unicidad – una Unicidad unida cual Una sola. Al negar la verdad de nuestra realidad, el ego

quiere hacernos creer que no somos parte del Todo, sino que somos este

enorme agujero de nada, empeñado en que otros llenen la carencia dejada

por nuestra separación del amor. Para recordar un importante tema de nuestra sinfonía, nos vemos obligados a embarcarnos en una búsqueda

interminable de especialismo para encontrar el amor que nunca podremos

encontrar en la tierra. Observar la inutilidad de nuestra búsqueda, establecida de antemano por el ego para expresar su máxima de busca, pero

no halles, nos proporciona una transición a nuestra próxima sección sobre

las relaciones especiales.

Las relaciones especiales y el mundo.

La sección de apertura del capítulo proporciona otra discusión sobre las

relaciones especiales, un tema crucial en nuestra sinfonía y que se repetirá

en el Capítulo 24. Esta interesante sección consta de tres partes, algo análogo a la forma musical de la sonata que también trata temas en tres

partes, exposición, desarrollo y recapitulación. La primera parte de "El sustituto de la realidad" habla de cómo las relaciones individuales substituyen nuestra relación con Dios; la segunda parte ahonda en la substitución original que condujo a la creación del universo físico; y la tercera parte cierra con un regreso a nuestro especialismo individual,

reflejando cómo este sustituto del amor del Cielo es un fragmento sombrío

de la sustitución original del ego en el lugar de Dios – una presentación

completa y concisa de este tema destacado.

(I.1:1-3) Substituir es aceptar una cosa por otra. Sólo con que examines lo que esto implica, percibirías de inmediato cuánto difiere del objetivo que el Espíritu Santo te ha dado y quiere alcanzar por ti. Substituir es elegir entre dos opciones, renunciando a un aspecto de la Filiación en favor de otro.

Cuando nos enamoramos, por ejemplo, pensamos que estamos recibiendo el

amor y la atención de esta persona que nunca recibimos de nadie más; cuando tenemos profesores que nos gustan, creemos que son más eruditos

que todos los demás, y así sucesivamente. Substituimos un "amor" por otro,

expresando continuamente en formas fragmentarias, como acabamos de

observar, la sustitución ontológica de la ilusión por la verdad. La comparación rige la percepción del ego, la cual excluye la unidad de la creación de Dios y contradice al dictamen doblemente expresado: el amor

no hace comparaciones (L-pl.195.4:2; T-24.II.1:1). Incluso en su sueño el

Hijo de Dios es uno, unido en la igualdad universal: una mente dividida –

mente errada (ego), mente correcta (Espíritu Santo) y tomador de decisiones. Jesús nos recuerda este hecho sanador cada vez que nos sentimos tentados a ser atraídos en la red de separación, sustitución y

especialismo del ego.

(I.1:4-5) Para este propósito especial, uno de ellos se juzga como más valioso y reemplaza al otro. La relación en la que la sustitución tuvo lugar queda de este modo fragmentada, y, consecuente-mente, su propósito queda dividido.

Obtenemos algo que queremos de una persona; alguna otra cosa de otra

persona. Tomamos lo que necesitamos de un aspecto del cuerpo o la

personalidad de una persona, mientras que otras necesidades son satisfechas por otras personas con aspectos diferentes y especiales. Establecemos distinciones que se vuelven salvíficas, y cada una es ni más ni menos que un sustituto de lo único que realmente queremos y necesitamos: el recuerdo de Dios, en Cuyo Amor viviremos eternamente.

(I.1:6) Fragmentar es excluir, y la substitución es la defensa más potente que el ego tiene para mantener vigente la separación. La separación comenzó como una substitución, donde el ego le dijo al Hijo ahora separado: "Tómame como tu guía en lugar del Espíritu Santo. Él te conducirá a Dios, Quien te consumirá en un Amor todo-abarcador en el que no tienes lugar. Elígeme como sustituto y te construiré un ser y un reino en el que existirás para siempre como un individuo libre, autónomo y especial". El Hijo aceptó el yo sustituto que le ofreció el sistema de pensamiento del ego, el efecto de hacer del ego un sustituto del verdadero Maestro. El fragmentado mundo de los cuerpos surgió de esta loca decisión.

(I.3:1-4) La única emoción en la que la substitución es imposible es el amor. El miedo, por definición, conlleva substitución, pues es el sustituto del amor. El miedo es una emoción fragmentada y fragmentante. Parece adoptar muchas formas y cada una parece requerir el que uno actúe de modo diferente para poder obtener satisfacción.

Esta es otra forma de decir que todos tenemos necesidades, las cuales surgen de la necesidad original de mantenernos separados de Dios y fragmentados de nuestro Ser. El temor de la mente engañada es que Dios nos destruya a causa de nuestro pecado, y cuando éste se proyecta hacia el mundo, le tememos a todo. Además, como cuerpos tenemos multitudinarias necesidades que requieren personas especiales con atributos especiales para

satisfacer nuestras demandas – todas las formas de reemplazo del amor.
Detrás de este especialismo está el miedo original a perder nuestro yo. Este es el pensamiento fragmentado que nos lleva cada vez más profundamente al mundo de la fragmentación, donde separamos a nuestros hermanos de nosotros mismos en intentos mal-adaptativos y agresivos de ver la fuente del miedo en un mundo de villanos sin mente, y luego esforzarnos por mantenerlos en nuestra conciencia.
(1.3:5-7) Si bien esto parece dar lugar a un comportamiento muy variable, un efecto mucho más serio reside en la percepción fragmentada de la que procede dicho comportamiento. No se considera a nadie como un ser completo. Se hace hincapié en el cuerpo, y se le da una importancia especial a ciertas partes de éste, las cuales se usan como baremo de comparación, ya sea para aceptar o rechazar, y así expresar una forma especial de miedo.
Comenzamos con la percepción ontológica de que estamos separados de Dios (el origen de la conciencia), que dio lugar a un mundo de percepción en el que todos y todo está separado y fragmentado. Estos diferentes fragmentos sirven para satisfacer nuestras diferentes necesidades, las cuales también han sido fragmentadas. La necesidad primordial del ego, la base de todo lo que siguió en el sueño, fue escapar de la ira de Dios y esconderse en la ausencia de la mente para protegerse de perder su identidad, lo que seguramente sucedería si la mente eligiera contra él.
Una vez más, el mundo y el cuerpo surgen de esta percepción errónea original de nuestro Creador, lo cual llevó a todos a malinterpretar la necesidad de escapar del miedo de la mente a la luz, actuando de manera conductual en las relaciones especiales. El siguiente pasaje, que presenta la

parte media de la sección, claramente describe cómo y por qué se fabricó el mundo:

(I.4:1-3) Tú que crees que Dios es miedo tan sólo llevaste a cabo una substitución. Ésta ha adoptado muchas formas porque fue la substitución de la verdad por la ilusión; de la plenitud por la fragmentación. Dicha substitución a su vez ha sido tan desmenuzada y subdividida, y dividida de nuevo una y otra vez, que ahora resulta casi imposible percibir que una vez fue una sola y que todavía sigue siendo lo que siempre fue.

Solo hay un error y una substitución: la creencia original de que como un

Hijo podríamos separarnos del Amor de Dios, convirtiéndolo en un Dios temible de odio y venganza. Habiendo hecho esto, fragmentando el mundo

para escapar de Su ira, nos hemos alejado tanto del único error que no podemos recordar que el mundo y toda su actividad no son más que proyecciones fragmentadas del pensamiento original aun existente, con el

cual continuamente nos identificamos, que dice: "Soy el Hijo separado de

Dios, lo que me convierte en Dios porque Él no puede tener la separación".

Para agravar esta locura, el ego hace sus versiones de la Deidad, las cuales

se encuentran en la mayoría de las religiones del mundo: las proyecciones

de la creencia que nosotros, el ego, somos el Creador.

El punto en este pasaje es crucial, ya que nos recuerda que solo hay un

error, a pesar de la casi imposibilidad de que lo recordemos. El propósito

del mundo de la multiplicidad es mantenernos alejados tanto como sea posible del único error de la mente para que nunca podamos recordarlo y

corregirlo. La implicación directa de esto es que "nunca estamos disgustados por la razón que creemos" (L-pl.5); a pesar de las apariciones

de muchos problemas con muchas soluciones, solo hay una:

(I.4:4) Ese único error, que llevó a la verdad a la ilusión, a lo infinito a

lo temporal, y a la vida a la muerte, fue el único que jamás cometiste. Esta misma idea se expresa en "El pequeño obstáculo" (T-26.V.3:5), donde

leemos sobre el "brevísimo lapso de tiempo" en el que se cometieron todos los demás errores. Ese único error, siendo el único hecho en la ilusión, es

todo lo que debe abordarse y deshacerse. Todo lo demás es una defensa

contra la simplicidad del problema y su solución.

(I.4:5-6) Todo tu mundo se basa en él. Todo lo que ves lo refleja, y todas

las relaciones especiales que jamás entablaste proceden de él.

Las ideas no abandonan su fuente: comenzamos con la idea de la mente de

la separación de Dios, la fuente de todo lo que ha ocurrido alguna vez en el

universo físico. Esto significa que el cosmos es solo un vasto conglomerado

de esquirlas fragmentarias del pensamiento original que todavía está en la

mente. Por consiguiente, no hay un mundo externo de fragmentación, sino

solo una mente que concibe pensamientos separados y separantes que

aparecen en el mundo como relaciones especiales.

(I.5:1-3) Tal vez te sorprenda oír cuán diferente es la realidad de eso que ves. No te das cuenta de la magnitud de ese único error. Fue tan inmenso y tan absolutamente increíble que de él no pudo sino surgir un

mundo totalmente irreal.

Otra declaración clara del no-dualismo del Curso, su fundamento metafísico. Un error únicamente puede dar lugar a un error, ya que sólo si el

pensamiento de la separación fuese un hecho, podría existir el mundo. Para

nuestros tergiversantes aparatos sensoriales y limitados cerebros, esta afirmación parece estar más allá del alcance de la razón. Sin embargo, por

encima del campo de batalla (T-23.IV), la mente unida a Jesús reconoce la
irrealidad fundamental del mundo y recuerda reírse (T-27.VIII.6:2) de la
tontería de haber creído que esa realidad es lo que hemos hecho que
sea.

(I.5:4-6:2) ¿Qué otra cosa sino podría haber surgido de él? A medida
que empieces a examinar sus aspectos fragmentados te darás cuenta de

que son bastante temibles. Pero nada que hayas visto puede ni
remotamente empezar a mostrarte la enormidad del error original, el
cual pareció expulsarte del Cielo, fragmentar el conocimiento
convirtiéndolos en inútiles añicos de percepciones desunidas y forzarte
a llevar a cabo más substituciones.

Ésa fue la primera proyección del error al exterior. El mundo surgió
para ocultarlo, y se convirtió en la pantalla sobre la que se proyectó, la
cual se interpuso entre la verdad y tú.

El cosmos se fabricó como la pantalla en la que se proyectó y veló el
pensamiento de la separación, para así ya no ver la verdad en la
mente.

Hemos visto esta dinámica con el cuerpo, y ahora Jesús amplía el
campo de

juego del ego. Mientras que el sufrimiento personal y colectivo en el
mundo

es horrible en el plano físico, es insignificante en comparación con el
error

original de destruir el Cielo, relegando la totalidad del amor al diminuto
cilindro de un cuerpo, donde está constreñido en la “putrescente
prisión” de

la existencia corporal (T-26.I.8:3).

(I.6:3-6) Pues la verdad se extiende hacia adentro, donde la idea de
que

es posible perder no tiene sentido y lo único que es concebible es un
mayor aumento. ¿Crees que es realmente extraño que de esa
proyección del error surgiese un mundo en el que todo está invertido y
al revés? Eso fue inevitable. Pues si se llevase la verdad ante esto, ésta
sólo podría permanecer recogida en calma, sin tomar parte de la
absurda proyección mediante la cual este mundo fue construido.

Esto se refiere al hecho perceptual de que el ojo literalmente ve al
revés, ya

que la imagen del mundo reflejada en la retina está invertida, una

percepción errónea que el cerebro corrige automáticamente muy pronto en nuestras vidas. Jesús nos está pidiendo que permitamos que nuestras mentes corrijan la mentalidad-errada del ego, es decir, que las percepciones invertidas pasen de la visión de intereses separados y la pérdida a la visión de intereses compartidos y la abundancia, desde las "verdades" del mundo exterior hasta la verdad de la Expiación de la mente que espera nuestro regreso a la cordura. Cuando la mente elige estar loca y escuchar la voz de la locura, la verdad permanece detrás de las nubes de la ilusión hasta que la mente decide lo contrario, dispersando las nubes y liberando la luz para que brille una vez más. Esta es la base de la insistencia del Curso en que Dios no conoce el error ni el mundo que resultó de él. La verdad, como el amor, simplemente espera la bienvenida (T-13.VII.9:7), y el perdón, su reflejo "es tranquilo y sosegado, y no hace nada. ... Simplemente observa, espera, y no juzga" (L-pII.1.4:1,3). Hacer cualquier cosa haría que el error fuera real y solidificaría su existencia en la mente delirante. (I.6:7-9) No llames pecado a esa proyección sino locura, pues eso es lo que fue y sigue siendo. Tampoco la revistas de culpabilidad, pues la culpabilidad implica que realmente ocurrió. Pero sobre todo, no le tengas miedo. Esta es la respuesta de Jesús al mito del pecado, la culpa y el miedo del ego, un cuento de hadas monstruoso, si es que alguna vez existió uno. Nuestro maestro nos dice que no llamemos pecado a la separación, sino solo un pensamiento loco, un error tonto que nunca sucedió en la realidad. La culpa

afirma que el pecado realmente ocurrió, por eso juega un papel tan devastador – de hecho, es el componente central – en el sistema de pensamiento del ego, en el cual ahora se nos pide que no creamos. Sobre todo, no debemos temer a nuestro error, ya que eso nos impide mirar el pensamiento ilusorio. Aún tenemos miedo, y hemos huido de la mente y su lúgubre sistema de pensamiento del dolor para escondernos en el mundo. Aunque sabemos que el universo de la forma fue creado para mantener el pensamiento de separación de la mente enterrado y sin corregir, nuestra decisión por la mentalidad-errada continúa manteniendo la realidad de la diminuta y alocada idea en nuestra creencia. Nuestro maestro compositor ahora regresa a la relación especial, cambiando la tonalidad de la música al ingresar a la sección de recapitulación de este importante movimiento sobre el especialismo: (I.7:1-5) Cuando te parezca ver alguna forma distorsionada del error original tratando de atemo-rizarte, di únicamente: “Dios es Amor y el miedo no forma parte de Él”, y desaparecerá. La verdad te salvará, pues no te ha abandonado para irse al mundo demente y así apartarse de ti. En tu interior se encuentra la cordura; la demencia fuera de ti. Pero tú crees que es al revés: que la verdad se encuentra afuera y el error y la culpabilidad adentro. En su percepción invertida como siempre, el ego quiere hacernos creer que nuestras expresiones corporales de especialismo – formas distorsionadas del error de separación – son culpables. Esto debe ser así ya que la proyección da lugar a la percepción: la culpa de la mente por su relación con Dios se proyecta sobre el cuerpo y sus relaciones especiales. Entonces, como no

podemos percibir la verdad en los cuerpos, en Dios o en el de alguien, la culpa permanece oculta y protegida de forma segura en la mente. El milagro invierte suavemente la proyección cuando llevamos la ilusión de miedo del ego a la verdad del amor del Espíritu Santo; de la locura del mundo a la cordura de la mente en la mentalidad-correcta. Jesús nos está instando, como lo hace a lo largo del libro de ejercicios, a ser muy específicos en nuestra práctica y a llevar su amor sanador a todas las formas distorsionadas del miedo, mirándolas a través de los ojos de la visión que no juzga para que podamos elegir en contra de ellas.

(I.7:6) Tus míseras e insensatas substituciones, trastocadas por la locura y formando torbellinos que se mueven sin rumbo cual plumas arrastradas por el viento, son insubstanciales.

Con esto, Jesús desecha sumariamente nuestras queridas y temidas relaciones especiales, el amor y el odio, por eso no nos gustan ni él ni su

curso. Mientras pensamos que nuestro mundo y toda su actividad son vitales y significativas, aquí se reducen a una locura sin substancia, para

citar las últimas palabras de Macbeth, “es una historia contada por un necio,

llena de ruido y furia, que nada significa” (V,v).

(I.7:7-12) Se funden, se juntan y se separan, de acuerdo con patrones cambiantes que no tienen sentido y que no tienen que ser juzgados en absoluto. No tiene objeto juzgarlos individualmente. Las insignificantes diferencias que en lo relativo a la forma parece haber entre ellas no son

diferencias en absoluto. Ninguna de tus substituciones tiene importancia. Eso es lo único que tienen en común, nada más. Sin embargo, ¿qué otra cosa es necesaria para hacer que todas sean lo mismo?

Todas las cosas mundanas comparten un sinsentido común: son igualmente

dementes, y cada una es un oscuro fragmento del pensamiento original que nunca ocurrió. No hay grados de dificultad en los milagros porque cada relación especial es la misma y, en consecuencia, solo hay una corrección:

el cambio de la mente en cuanto a los maestros y a los sistemas de pensamiento. Las formas de los problemas difieren ampliamente, por supuesto, pero estas diferencias no significan nada para la verdad.

Jesús nos

anima a dejarlas ir volviendo a la mente y eligiendo de nuevo.

Centrarse en

una forma, a diferencia de cualquier otra, es caer en la trampa del especialismo del ego, ya que esto refleja su primera ley del caos: hay una

jerarquía de ilusiones (T-23.II.2:3). Este es un tema que examinamos continuamente, porque es la esencia de Un Curso de Milagros: "un problema, una solución" (véase L-pl.80.1:5).

Los siguientes pasajes de "La base del sueño" exploran la metáfora del sueño, donde Jesús traza un paralelo entre nuestros sueños dormidos y despiertos, enseñándonos que son lo mismo:

(II.4:1-2) Los sueños son desahogos emocionales en el nivel de la percepción en los que literal-mente profieres a gritos: "¡Quiero que las cosas sean así!" Y aparentemente lo consigues.

Inventamos un mundo de sueños dormidos y despiertos, con las rabietas del

ego que son el ingrediente clave en la percepción del mundo: "¡Quiero que

las cosas sean así!" Esta explosiva expresión de egocen-trismo hace eco de

nuestro clamor original a Dios. Al demostrar que la separación es real y que

alguien más es castigado por ello, soñamos un mundo que cumple nuestro

deseo secreto de mantener el especialismo que robamos, pero culpando a

otros por el pecado. Este "hecho" es atestiguado por nuestros sueños de ser

tratados injustamente, lo que lleva al dolor, sufrimiento y muerte como conclusión inevitable.

(II.4:3-8) Mas los sueños son inseparables de su fuente. La ira y el

miedo los envuelven, y en cualquier instante la ilusión de satisfacción puede ser invadida por la ilusión de terror. Pues el sueño de que tienes la capacidad de controlar la realidad y de sustituirla por un mundo que prefieres es aterrante. Tus intentos de eliminar la realidad son aterradores, pero ya no estás dispuesto a aceptar esto. Por lo tanto, lo substituyes con la fantasía de que la realidad es lo que es aterrador, y no lo que tú quieres hacer de ella. Y de este modo la culpabilidad se vuelve real.

Este pasaje revela la sofisticada sutileza del sistema de pensamiento de proyección del ego que impregna todos los aspectos de su mundo de especialismo impulsado por la culpa. A pesar de los aparentemente placenteros aspectos de nuestras relaciones de amor especial, ellos expresan continuamente el mundo secreto de la culpa, el miedo y el odio que es el contenido de la mente errada que soñamos que es la realidad. La creencia de que eliminamos el Cielo – es decir, que lo destruimos – hace que la culpa esté justificada y sea real, engendrando el terror proyectado de la ira de Dios en represalia, de la cual buscamos escapar corriendo hacia los brazos del especialismo. Sin embargo, dado que las ideas no abandonan su fuente, la culpa y el terror de la mente permanecen, enmascarados por las heridas, la ira, y los miedos. Nunca podrá haber paz frente a la insaciable necesidad de triunfar del ego.

(II.5:1-2) Los sueños te muestran que tienes el poder de construir un mundo a tu gusto, y que por el hecho de desearlo lo ves. Y mientras lo ves no dudas de que sea real.

El ego hizo órganos sensoriales para que podamos ver, oír, oler, saborear y tocar un mundo que no existe y un cerebro para interpretar sus datos y así pensar que está ahí. De esta manera, nuestro mundo de sueños parece real y

estar siempre presente. Debe ser así, porque al haber proyectado un mundo separado que el ego estableció como realidad, nosotros lo percibimos, y al hacerlo, no podemos evitar creer que estamos observando la realidad en acción.

(II.5:3) Mas he ahí un mundo, que aunque claramente existe sólo en tu mente, parece estar afuera.

Cuando nos despertamos de los sueños dormidos, está claro que lo que soñamos no era real, sino que provino de la mente que proyecta. Jesús nos ayuda a ver que nuestros sueños de vigilia son lo mismo. La aparente realidad no puede ser verdad, porque las ideas ilusorias no abandonan su fuente ilusoria y lo que parece estar fuera está todavía dentro de la mente delirante que lo pensó.

(II.5:4-6) No reaccionas ante él como si tú mismo lo hubieses construido, ni te das cuenta de que las emociones que el sueño suscita no pueden sino proceder de ti. Los personajes del sueño y sus acciones parecen dar lugar al sueño. No te das cuenta de que eres tú el que los hace actuar por ti, ya que, si fueses tú el que actuase, la culpa no recaería sobre ellos, y la ilusión de satisfacción desaparecería.

Jesús cambia su enfoque de sueños de dormir a sueños de vigilia: nuestra

experiencia corporal en la que queremos que nuestra culpa descansa sobre

los demás, la fuente última de todo placer que experimentamos en el mundo. Sin embargo, si supiéramos que inventamos el mundo de la proyección y el ataque, ¿cómo justificaríamos nuestras acusaciones? Después de todo, nosotros no culpamos a los demás por lo que nos dijeron

anoche en nuestros sueños dormidos porque sabemos que eran nuestros

sueños; pero creemos que podemos culparlos por lo que nos dijeron ayer

mientras no estábamos dormidos. Repitiendo esto, ya no estaríamos

justificados si reconociéramos que nos inventamos lo de ayer, tal como nos inventamos las figuras en nuestros sueños de anoche. Es importante señalar que en este nivel formamos nuestras reacciones en función a lo que hace la gente, no a su comportamiento real.

En resumen, los sueños del ego sirven para probar que la culpa es real, pero que existe en los demás. De esta manera, conservamos el yo que le robamos a Dios, pero entregamos la parte pecaminosa de la separación. Esto nos deja a nosotros con un yo separado y libre de pecado, mientras que alguien más es castigado por nuestros pecados proyectados – los sueños felices de satisfacción del ego.

(II.5:7-9) Estos hechos no son ambiguos en los sueños. Pareces despertar, y el sueño desaparece. Pero lo que no reconoces es que lo que dio origen al sueño no desapareció con él.

Una de las principales contribuciones de Freud fue ayudarnos a comprender que los sueños tienen un propósito. A pesar de nuestro intento de proyectarlo, el pensamiento del ego que dio origen al sueño que es el mundo permanece con nosotros – las ideas no abandonan su fuente – y debe ser examinado si queremos despertar del sueño de separación. Esta necesidad de comprender el propósito de la mente para los sueños es tan cierta en nuestros sueños de vigilia como lo es para los sueños que son el fundamento del psicoanálisis.

(II.5:10-17) Tu deseo de construir otro mundo que no es real sigue vivo en ti. Y pareces despertar a lo que no es sino otra forma de ese mismo mundo que viste en tus sueños. Estás soñando continua-mente. Lo único que es diferente entre los sueños que tienes cuando duermes y los

que tienes cuando estás despierto es la forma que adoptan, y eso es todo. Su contenido es el mismo. Constituyen tu protesta contra la

realidad, y tu idea fija y demente de que la puedes cambiar. En los sueños que tienes mientras estás despierto, la relación especial ocupa un lugar especial. Es el medio con el que tratas de que los sueños que tienes mientras duermes se hagan realidad.

Nuestro sueño dormido (la mente) es que cambiamos la realidad al separarnos de Dios y Su Unidad. La culpa era intolerable y buscamos escapar de su castigo a manos de nuestra Víctima proyectando estos pensamientos, y buscando probar la realidad de la separación en nuestros

sueños de vigilia (las relaciones especiales del cuerpo): somos personas

separadas y separantes, pero otros son responsables del pecado de dividirnos. El contenido de separación, culpa y castigo sigue siendo el mismo en ambos sueños, pero en el mundo onírico de la forma, la separación se mantiene, con la culpa proyectada sobre otro, el cual se convierte en la fuente punitiva de nuestra infelicidad. Estos sueños de vigilia a menudo cuentan la historia de que necesitamos algo de los demás,

pero en secreto queremos que nos fallen para poder culparlos justificadamente por la miseria que sentimos. Nuestras relaciones de amor especial

terminan forzosamente como una de odio especial, y el Amor de Cristo fragmentado más allá de todo reconocimiento y recuerdo.

(II.5:18-20) De esto no puedes despertar. La relación especial representa tu resolución de mante-nerte aferrado a la irrealdad, y de impedirte a ti mismo despertar. Y mientras le otorgues más valor a estar dormido que a estar despierto, no querrás despertar.

Mientras se satisfagan nuestras necesidades y las cosas se sienten tan maravillosas que pensamos que Dios es bueno con nosotros, no despertaremos. Solo cuando pasemos del sueño del mundo al sueño subyacente de la separación podremos aprender a abrir los ojos - mirando

la diminuta y alocada idea a través de la visión y no del juicio - y a no tomarla en serio (T-27.VIII.6:2-3). El problema es que vemos más valor en

dormir que en despertar. Recuerda las palabras del ego: "Si despiertas del

sueño, serás aniquilado y la "luz" de tu existencia individual quedará extinguida. Quédate dormido y te prometo un sueño mejor y la vida eterna".

Locamente, elegimos continuamente escuchar al ego, y siguiendo su dirección, buscamos estos sueños "mejores" en nuestras relaciones especiales, aunque ninguna de ellas finalmente funcione. Desde el punto de vista del ego, sin embargo, funcionan maravillosamente simplemente porque no funcionan. Este eterno fracaso de satisfacer nuestras necesidades nos lleva a embarcarnos en "una interminable e insatisfactoria cadena de relaciones especiales" (T-15.VII.4:6), buscando la paz que nunca encontraremos.

Habiendo discutido los estragos que el ego parece causar en la realidad, pasamos al tipo de percepción que el Espíritu Santo tiene del cuerpo y su función de comunicar el perdón en el instante santo.

El instante santo: la percepción que el Espíritu Santo tiene del cuerpo.

(VI.4:5-6) [La mente] Puede proyectar su culpabilidad, pero no puede deshacerse de ella proyec-tándola. Y aunque es obvio que puede percibir la función del cuerpo erróneamente, no puede cambiar la función que el Espíritu Santo le asignó a éste.

Vemos el tema de nuestra libertad para creer lo que deseemos (el propósito del ego de la culpabilidad del cuerpo), pero esta libertad no nos concede el poder de cambiar la realidad o su reflejo (el propósito del perdón del Espíritu Santo). Podemos creer que la proyección elimina la culpa, pero esta creencia no tiene el poder de anular el principio del Espíritu Santo de que

las ideas no abandonan su fuente: la idea de culpa permanece en la mente

que es su fuente, el único lugar donde se puede deshacer. Entregado al milagro del Espíritu Santo, el cuerpo que fabricamos para proteger la culpa

ahora se convierte en el instrumento para regresarnos a la mente y así poder

elegir en su contra, como leemos en las líneas que cité al comienzo del capítulo:

(VI.4:7-8) El cuerpo no es el fruto del amor. Aun así, el amor no lo condena y puede emplearlo amorosamente, respetando lo que el Hijo de Dios engendró y utilizándolo para salvar al Hijo de sus propias ilusiones.

Dado que el cuerpo no es el fruto del amor, es una ilusión. A pesar de que

fue hecho para atacar el amor al limitarlo, una vez que cambiamos el propósito de la mente, dándonos cuenta de que el cuerpo solo nos ha traído

dolor a través de la inútil búsqueda del especialismo, reconocemos otra

razón para vivir aquí. En lugar de castigar el cuerpo como lo hace el ego, el

Espíritu Santo lo usa para cumplir Su amoroso propósito de perdón. Él respeta el poder de nuestra mente tomadora de decisiones para corregir su

error, recordándonos cada vez que lo solicitamos, que podemos usar el cuerpo como un medio para salvarnos de las ilusiones y despertarnos del

sueño. En pocas palabras, el problema es la mente, no el cuerpo:

(VI.5:1-3) ¿No te gustaría que los medios de la separación fueran reinterpretados como medios de salvación y se usasen para los fines del

amor? ¿No le darías la bienvenida y le prestarías tu apoyo a este intercambio de fantasías de venganza por tu liberación de ellas? La percepción que tienes del cuerpo puede ser ciertamente enfermiza, pero

no debes proyectar eso sobre él.

Este tema es el quid del sinfónico curso de Jesús. No se nos pide que neguemos nuestra experiencia corporal, adorándolo o condenándolo.

En

cambio, se nos pide que usemos el cuerpo como el "camino real" de Freud

que nos lleva de regreso a la mente, donde podemos ejercer nuestro poder

de decisión para elegir cómo vemos el cuerpo: rechazando el propósito de

separación, enfermedad y ataque del ego, y aceptando en su lugar el propósito de salvación, santidad y paz. Esto nos libera del cuerpo a través

de un proceso que ocurre sólo en la mente, "el único lugar donde ocurre todo".

(VI.13:1-3) No hay violencia alguna en este escape. No se ataca el cuerpo, sino simplemente se le percibe correctamente. El cuerpo no puede limitarte, ya que ésa no es tu voluntad.

El cuerpo no es una fuente de limitación; la mente lo es. Cuando el cuerpo

se ve a través de los ojos de Jesús, su aparente poder se elimina y se convierte en un instrumento de libertad para la mente correcta, permitiendo

que el amor fluya sin obstáculos a través de la mente sanada del único Hijo

de Dios. Atacar el cuerpo ya no es necesario como una defensa, porque al

aceptar la gentil percepción de Jesús para cambiar la mente, nuestra locura

desaparece.

(VI.13:4-6) En realidad, no se te "saca" de él, ya que no puede contenerte. Te diriges hacia donde realmente quieres estar, adquiriendo, no perdiendo, una sensación de Ser. En estos instantes en que te liberas de toda restricción física, experimentas mucho de lo que sucede en el instante santo: un levantamiento de las barreras del tiempo y del espacio, una súbita experiencia de paz y alegría. Mas por encima de todo, pierdes toda conciencia del cuerpo y dejas de dudar acerca de si todo esto es posible o no.

Cuando hemos corregido nuestra decisión equivocada por el ego, la culpa

ya no se proyecta en el cuerpo, la cual lo unía a las cadenas del especialismo. Este es nuestro instante santo de libertad en el que elegimos

contra la separación y, por tanto, contra la culpa, la proyección, el ataque y

la muerte. Lo que queda es la tranquila alegría y la paz verdadera que llegan

cuando el sistema de pensamiento de juicio y los cuerpos especiales del ego

han desaparecido. Nunca fue el cuerpo lo que nos restringió o aprisionó,

sino la mente que había elegido creer en las mentiras en lugar de en la

verdad.

(VI.14:1-4) Es posible porque tú lo deseas. En la súbita expansión de conciencia que tiene lugar sólo cuando tú lo desees reside el irresistible

atractivo del instante santo. Te exhorta a que seas tú mismo, en la seguridad de su abrazo. Ahí se te libera de todas las leyes de la limitación y se te da la bienvenida a la mentalidad receptiva y a la libertad.

La limitación no es inherente a quiénes somos, sino que radica en la decisión de la mente por un ego que ya no deseamos. Al elegir a Jesús, nos

liberamos de la prisión del amor limitado (o especial) y permitimos que la

atracción natural por el instante santo nos restaure la conciencia de la mente

correcta, la puerta de entrada a la paz del Cielo y el Ser ilimitado.

(VI.14:5-6) Ven a este lugar de refugio, donde puedes ser tú mismo en paz. No mediante la destrucción ni mediante un escape, sino simplemente mediante una serena fusión.

No luchamos con el cuerpo. De hecho, no hacemos nada más que mirarlo

de manera diferente desde dentro del instante santo de la mente – "este

lugar de refugio". Al reconocer la falta de sentido y la incapacidad del cuerpo para satisfacer nuestra necesidad de Expiación, nos fundimos suavemente en el Ser que realmente somos, mientras el yo que fabricamos

se disuelve en su nada.

(VI.14:7) Pues la paz se unirá a ti allí sencillamente porque has estado dispuesto a abandonar los límites que le habías impuesto al amor, porque te uniste a él allí donde mora y adonde te condujo, en respuesta

a su dulce llamada a que estés en paz.

Deshacemos el ego y llegamos al "lugar de refugio" eligiendo el instante

santo. El problema era el instante no santo en el que elegimos el conflicto

en lugar de la paz, cuando el especialismo del cuerpo se convirtió en el instrumento del ego para proteger la elección equivocada de la mente.

Cuando reconocemos la relación causal entre nuestra miseria, desesperanza y soledad, y la decisión de la mente, estamos en el instante santo en el que podemos elegir de otra manera. Esto nos libera del cuerpo en lo que, nuevamente, no es una actividad violenta, sino una silenciosa fusión en la verdad. Las limitaciones que le pusimos al amor se disuelven en el resplandor de la presencia de la verdad, dejando solo la paz de Dios para sanar y bendecir.

(VII.2:1-3:1) Hay algo que nunca has hecho: jamás te has olvidado completamente del cuerpo. Quizá alguna que otra vez lo hayas perdido de vista, pero nunca ha desaparecido del todo. No se te pide que dejes que eso ocurra por más de un instante; sin embargo, en ese instante es

cuando se produce el milagro de la Expiación. Después verás el cuerpo de nuevo, pero nunca como lo veías antes. Y cada instante que pases sin

ser consciente de tu cuerpo te proporcionará una perspectiva diferente de él cuando regreses.

No hay ni un solo instante en que el cuerpo exista en absoluto.

En el instante santo, cuando elegimos al Espíritu Santo y Su Expiación, elegimos contra las mentiras de separación y especialismo del ego.

Con

estos pensamientos desaparecidos, el cuerpo que surgió de ellos debe haber

desaparecido también. Al principio, el cuerpo no desaparece físicamente en

nuestra conciencia, pero al comprender su propósito cambia nuestro enfoque de las necesidades del cuerpo – las nuestras y las de los demás – a

la percepción de mentalidad-correcta que induce el milagro. Ya no percibimos lo físico como lo hacíamos antes, porque estamos capacitados

por el instante santo para ver el cuerpo como un instrumento para despertar

del sueño de separación, más que como instrumento para reforzarlo. El significado del perdón comienza a alborear en nuestras despejadas mentes

cuando nos decidimos por la visión de intereses compartidos en lugar de separados.

(VII.3:2-7) [El cuerpo] Es siempre algo que se recuerda o se prevé, pero nunca se puede tener una experiencia del él ahora mismo. Sólo su pasado y su futuro hacen que parezca real. El tiempo lo controla enteramente, pues el pecado nunca se encuentra totalmente en el presente. En cualquier momento que desees podrías experimentar la atracción de la culpabilidad como dolor, y, por lo tanto, evitarías sucumbir a ella. La culpabilidad no ejerce ninguna atracción en el ahora. Toda su atracción es imaginaria, y así, es algo en lo que se piensa en conexión con el pasado o con el futuro.

El ego usa el cuerpo para apoyar su sistema de pensamiento de separación.

Específicamente, arraiga el cuerpo en el tiempo, el hogar del pecado, la culpa y el miedo. Dado esto, solo recordamos las heridas o la felicidad del

pasado, sentimos culpa o excitación presente, y anticipamos dolor o placer

futuros. Regresa-remos a la atracción de la culpabilidad en el Capítulo 19,

pero por ahora basta con decir que la atracción de la culpabilidad desaparece en el instante santo cuando nos damos cuenta del dolor de creer

que la culpa es real, y como así también de justificar su existencia. En la

verdad presente, cuando el pecado se ha ido, el recuerdo del amor nos inspira a usar el cuerpo impecablemente: como un instrumento para lograr

la paz en lugar de engendrar culpa.

A continuación, Jesús compara su curso con otras espiritualidades, en el

contexto de su discusión sobre el cuerpo:

(VII.4) Es imposible aceptar el instante santo sin reservas a no ser que estés dispuesto, aunque sólo sea por un instante, a no ver el pasado ni el

futuro. No te puedes preparar para él sin ubicarlo en el futuro. La

liberación se te concede en el instante en que la desees. Son muchos los

que se han pasado toda una vida preparándose y ciertamente han tenido sus momentos de éxito. Este curso no pretende enseñar más de lo

que ellos aprendieron en el tiempo, pero sí se propone ahorrar tiempo. Tal vez estés tratando de seguir un camino muy largo hacia el objetivo que has aceptado. Es extremadamente difícil alcanzar la Expiación luchando contra el pecado. Son muchos los esfuerzos que se llevan a cabo tratando de hacer santo aquello que se odia y se aborrece. No es necesario tampoco que dediques toda tu vida a la contemplación, ni que

te pases largo períodos de tiempo meditando con objeto de romper tu atadura al cuerpo. Todos esos intentos tendrán éxito a la larga debido a

su propósito. Pero los medios son tediosos y requieren mucho tiempo, pues todos ven la liberación de la condición actual de insuficiencia y falta de valor en el futuro.

Desde la perspectiva de Un Curso de Milagros, la mayoría de las espiritualidades enfatizan la lucha contra un pecado real, el cual se localiza

en el cuerpo físico o psicológico. De esta forma se hace real el error de la

separación, y es la razón por la que el proceso puede ser tan enervante.

¿Cómo puedes deshacer realmente lo que primero has establecido que esté

allí? En el instante santo, sin embargo, el problema se desplaza del despreciado y lleno de pecado cuerpo a la mente tomadora de decisiones

que eligió creer en el pecado de la separación. Al enfocarnos en el pecado

en la mente o el cuerpo, jugamos el juego del ego de crear un problema

donde no hay ninguno. Esto nos lleva a resolver problemas en el cuerpo (o

mundo) como expresión de su máxima de busca, pero no halles. El milagro

de Jesús, por otro lado, devuelve nuestra atención al presente de la mente,

donde la decisión en favor del ego fue tomada y se sigue tomando.

Cuando

seguimos su guía, el error se deshace rápidamente y la mente se libera de su

elección equivocada. Entonces no necesitamos hacer nada sobre un pecado

ya que no existe. Solo es necesario abordar y corregir la creencia de la mente en el pecado.

Las siguientes líneas, ampliando lo que acabamos de leer, ayudan a deshacer la tentación de hacer especial a Un Curso de Milagros. Jesús advierte a Helen y a todos sus alumnos que no juzguen el camino espiritual

de otra persona porque se diferencia de este. Nos dice en otra parte que su

curso es solo una forma entre muchas miles del curso universal (M-1.4:1-2).

Decir que no es mejor ni peor que otros no es negar su simplicidad de ver

los problemas únicamente dentro del tomador de decisiones de la mente. La

convencional lucha contra el pecado no tiene sentido desde esta perspectiva:

(VII.6:5-8) No aprovechas el curso si te empeñas en utilizar medios que le han resultado muy útiles a otros, y descuidas lo que se estableció para ti. Ahorra tiempo valiéndote únicamente de los medios que aquí se

ofrecen, y no hagas nada más. “No tengo que hacer nada” es una declaración de fidelidad y de una lealtad verdaderamente inquebrantable. Créelo aunque sólo sea por un instante, y lograrás más que con un siglo de contemplación o de lucha contra la tentación.

Jesús nos pide que seamos fieles al camino específico por el que nos guía.

No necesitamos hacer nada más que seguir su guía, sonriendo gentilmente

ante la estupidez del ego, perdonándolo. Al enfocarnos en el cuerpo o en el

mundo, intentando hacer algo al respecto, hacemos real el error de separación. El enfoque fuera de lugar es el propósito inteligente del ego

para el cuerpo, el cual nos distrae de la mente tomadora de decisiones que

es la fuente tanto del problema como de la respuesta.

Curiosamente, la primera línea de arriba se repitió años después en un mensaje personal a Helen cuando ella estaba enojada por la tergiversación

del Curso por parte de alguien. Jesús le dijo a su escriba: "No tomes el camino de otro como el tuyo propio, ni tampoco debes juzgarlo".

(VII.7:1-4) Hacer algo siempre involucra al cuerpo. Y si reconoces que no tienes que hacer nada, habrás dejado de otorgarle valor al cuerpo en

tu mente. He aquí la puerta abierta que te ahorra siglos de esfuerzos, pues a través de ella puedes escaparte de inmediato, liberándote así del

tiempo. Ésta es la forma en que el pecado deja de ser atractivo en este mismo momento.

En el instante no santo, el pecado es la única atracción porque hace que la

separación sea real. En el instante santo el pecado está ausente, porque la

única atracción es la Expiación y el recuerdo de Dios. La importancia del

cuerpo se desvanece cuando se abre la puerta que conduce del pasado a la

eternidad. No es necesario hacer nada, porque no hay ningún problema a

resolver. Al elegir de nuevo, la mente atemporal se ha curado a sí misma y

el pecado ha desaparecido, dejando solo el recuerdo de Dios y Su Hijo.

(VII.7:5) Pues con ellos se niega el tiempo, y, así, el pasado y el futuro desaparecen.

Jesús nos refleja el hecho del ahora familiar sistema de pensamiento del

ego: su proyección de los pensamientos de separación, pecado, culpa y

miedo en un mundo espacial de tiempo lineal. Esto se conserva en el instante no santo de intereses separados, y se deshace en el instante santo en

el que todos los intereses se comparten, igualmente y universalmente.

(VII.7:6-9) El que no tiene que hacer nada no tiene necesidad de

tiempo. No hacer nada es descansar, y crear un lugar dentro de ti donde la actividad del cuerpo cesa de exigir tu atención. A ese lugar llega el Espíritu Santo, y ahí mora. Él permanecerá ahí cuando tú te olvides y las actividades del cuerpo vuelvan a abarrotar tu mente consciente.

Las líneas anteriores y las que siguen enfatizan que Jesús no está diciendo que debamos negar nuestros cuerpos o no hacer cosas en el mundo. Solo dice que en el instante santo actuaremos con una actitud diferente. En lugar de que el cuerpo sea un fin en sí mismo - "¡Quiero que se satisfagan mis necesidades ahora!" - es transformado para servir a un objetivo diferente, convirtiéndonos en un instrumento mediante el cual aprendemos que nosotros y el mundo no estamos separados, que nosotros y Dios somos uno.

La mente descansa porque está pacíficamente libre de conflictos, el "tranquilo centro" desde el cual fluyen tranquila-mente las actividades del cuerpo:

(VII.8:1-3) Mas este lugar de reposo al que siempre puedes volver siempre estará ahí. Y serás más consciente de este tranquilo centro de la tormenta, que de toda su rugiente actividad. Este tranquilo centro, en el que no haces nada, permanecerá contigo, brindándote descanso en medio del ajetreo de cualquier actividad a la que se te envíe. Como sucede en el ojo de una tormenta, no importa lo que suceda en el

mundo, por turbulento u horrible que sea, podemos estar en paz porque nos

hemos reincorporado al tranquilo centro de nuestra mente. Para repetir,

Jesús no está diciendo necesariamente que no estemos activos en el mundo,

sino solo que primero debemos estar activos con él. La mente tomadora de

decisiones es el eje de la rueda de nuestra existencia, por así decirlo, y las

diversas actividades los rayos de la rueda: el contenido precede a la forma,
la causa se encuentra antes que el efecto. Parafraseando al príncipe Hamlet,
la mente es la cosa de la cual emanan el mundo y el cuerpo.
(VII.8:4-5) Pues desde este centro se te enseñará a utilizar el cuerpo impecablemente. Este centro, del que el cuerpo está ausente, es lo que
hará que también esté ausente de tu conciencia.
Usaríamos el cuerpo impecablemente para la paz, en lugar de reforzar el
objetivo del ego de la culpa y el especialismo. No es nuestra actividad física
lo que necesariamente cambia, sino el propósito de la mente para la actividad. El ajeteo del cuerpo ahora refleja el objetivo de Jesús de aprender/enseñar su mensaje de intereses compartidos, lo que refleja un
cambio en la forma en que nos relacionamos con él, con nosotros mismos y
entre nosotros. Esto nos lleva directamente a una discusión sobre la relación
santa, el eje del perdón.
La relación santa.
Comenzamos con esta clara declaración de la percepción de Jesús.
Para él,
los Hijos de Dios son iguales, no diferentes, porque comparten la misma
mente dividida – ego, Espíritu Santo, tomador de decisiones – ya que comparten la Unidad del Cielo:
(I.2) El Espíritu Santo nunca utiliza substitutos. En cualquier situación en la que el ego percibe a una persona como substituto de otra, el Espíritu Santo sólo ve su unión e indivisibilidad. Él no elige entre ellas, pues sabe que son una sola. Al estar unidas, son una sola porque son lo mismo. La substitución es claramente un proceso en el que se perciben como si fuesen diferentes. El deseo del Espíritu Santo es unir; el del ego, separar. Nada puede interponerse entre lo que Dios ha unido y el Espíritu Santo considera uno. Pero todo parece interponerse en las relaciones fragmentadas que el ego patrocina a fin de destruirlas.

Mientras que el ego quiere que veamos sólo separación y división, como merecedoras de ataque, la visión ve a la unidad de la Filiación dentro del sueño, la cual refleja la Unidad de Cristo. El juicio entonces es imposible, porque ¿entre qué habría que juzgar? Las relaciones especiales no son más que "pequeñas substituciones sin sentido, trastocadas por la locura", pobres reemplazos del glorioso Ser que es el único Hijo de Dios. Simplemente se nos pide que los liberemos de las garras de la mente:

(I.8) Deja que se las lleve el viento, formando torbellinos y dando tumbos hasta que se pierdan de vista, lejos, muy lejos de ti. Y vuélvete hacia la majestuosa calma interna, donde en santa quietud mora el Dios viviente que nunca abandonaste y que nunca te abandonará. El Espíritu Santo te lleva dulcemente de la mano, y desanda contigo el camino recorrido en el absurdo viaje que emprendiste fuera de ti mismo, conduciéndote con gran amor de vuelta a la verdad y a la seguridad de tu interior. Él lleva ante la verdad todas tus dementes proyecciones y todas tus descabelladas substituciones, las cuales ubicaste fuera de ti. Así es como Él invierte el curso de la demencia y te devuelve la razón.

Como se ve en el gráfico, el Espíritu Santo comienza donde terminamos: el mundo de las relaciones especiales. Él invierte nuestro curso hacia la demencia - tomador de decisiones, mente errada, cuerpo - devolviéndonos a la razón, encontrada en el "tranquilo centro" o en la "majestuosa calma interna". Él restaura nuestra cordura al exponer los locos pensamientos de la mente, enseñándonos que esto es una defensa contra nuestro único pensamiento cuerdo, el Pensamiento de Expiación en la mente correcta. El propósito de las relaciones especiales se cambia de ser un fin para la culpa a ser un medio para la salvación; de la relación especial a la santa, del

instante no santo al instante santo. Hemos discutido anteriormente que la relación santa no es algo real en sí misma, entre dos personas, sino un cambio en la mente para ver a otros con intereses compartidos en lugar de separados.

(I.9:1-2) En tu relación con tu hermano, donde el Espíritu Santo se ha hecho cargo de todo a petición tuya, Él ha fijado el rumbo hacia adentro, hacia la verdad que compartís. En el demente mundo de afuera nada se puede compartir, sino únicamente substituir.

De tal substitución es el reino del especialismo, que excluye a todos excepto

a los socios especiales que satisfacen nuestras necesidades. Dado que la

Filiación de Dios es una, tal exclusión también debe excluir nuestro objeto

especial, sin mencionar a nosotros mismos y a Dios. En la relación santa

nadie está excluido, porque el perdón se comparte por igual. Sabemos que

en nuestro estado natural de Unidad no puede haber relaciones especiales o

santas. ¿Quién estaría allí para ser substituido o compartido?

(I.9:3-6) Dentro de ti amas a tu hermano con un amor perfecto. Ésa es tierra santa en la que ninguna substitución puede tener lugar y donde sólo la verdad de tu hermano puede morar. Ahí estáis unidos en Dios, tan unidos como lo estáis con Él. El error original jamás llegó hasta ahí, ni lo hará jamás.

En el instante santo hemos elegido contra el sistema de pensamiento del

ego, desterrándolo de nuestras mentes. Al retirar nuestra creencia en el

especialismo del ego, éste desaparece, porque el ego tiene poder sólo cuando creemos en él. Cuando esa fe se retira y se coloca en la Expiación

del Espíritu Santo, el sistema de pensamiento de separación desaparece.

Como el Pensamiento de la Unidad siempre ha estado en nuestras mentes,

inmaculado a pesar del error original, el amor todo-inclusivo del Cielo

ahora es libre de abrazar a todos, sin substitución. La aceptación por parte de la mente de esta simple verdad es, de hecho, tierra santa, "el más santo de todos los lugares de la tierra" (T-26.IX.6:1).

(I.9:7-9) Ahí reside la verdad radiante, a la que el Espíritu Santo ha confiado tu relación. Deja que Él la lleve ahí, donde tú quieres que esté.

Ofrécele un poco de fe en tu hermano, para ayudarlo a que te muestre que ningún substituto del Cielo que hayas inventado puede excluirte de éste.

Este lugar de perdón en la mente, el hogar de la relación santa, contiene la verdad radiante: que nuestro amor por Dios y por Su Hijo no ha disminuido

ni cambiado. Al tranquilo centro de la mente llevamos nuestras relaciones

no santas para que sean reemplazadas por el milagro del Espíritu Santo.

Este proceso de llevar nuestras ilusiones a Su verdad se basa en la fe de

que, independientemente de las defensas del ego, la luz de Cristo brilla

tanto en nuestros socios especiales como brilla en nosotros – el Hijo de Dios es uno.

(I.10:5-7; 11:1-3) Él [Dios] os ama a los dos por igual y cual uno solo. Y tal como Él os ama, así sois. Vosotros no estáis unidos en ilusiones, sino

en un Pensamiento tan santo y tan perfecto que las ilusiones no pueden

permanecer allí para mancillar el santo lugar donde os encontráis unidos. ...

El Cielo le es restituido a toda la Filiación a través de tu relación, pues en ella reside la Filiación, íntegra y hermosa, y a salvo en tu amor. El Cielo ha entrado silenciosamente, pues todas las ilusiones han sido llevadas dulcemente ante la verdad en ti, y el amor ha refulgido sobre ti, bendiciendo tu relación con la verdad. Dios y toda Su creación han entrado a formar parte de ella juntos.

Hemos visto este tema clave muchas veces en nuestra sinfonía: como somos

uno, cuando perdonamos a un hermano, perdonamos a todos los hermanos.

Abrazamos la Filiación como un todo porque es un todo. Esta verdad se encuentra más allá del principio de Expiación que refleja la Unidad eterna e

indivisa del Cielo. Cuando elegimos al Espíritu Santo como nuestro Maestro, nos unimos a Su Expiación y recuperamos la conciencia de la verdadera realidad como el único Hijo de Dios. Este tema de la Expiación

todo-inclusiva (la verdad) se yuxtapone con la relación especial exclusiva

(la ilusión). No podemos amar la Filiación en parte, y siempre necesitamos

recordar que Jesús nunca habla de forma (el cuerpo) sino de contenido (la

mente). No hay nada más en la ilusión que contenido, por ser únicamente

pensamiento, la separación nunca ha abandonado su fuente en la mente.

(I.11:4-8) ¡Cuán santa y hermosa es vuestra relación, la cual la verdad ilumina! El Cielo la contempla y se regocija de que lo hayas dejado venir a ti. Y Dios Mismo se alegra de que tu relación siga siendo tal como fue creada. El universo que se encuentra dentro de ti se une a ti junto con tu hermano. Y el Cielo contempla con amor aquello que está unido en él, junto con su Creador.

Este pasaje rapsódico sugiere el gozo que será nuestro cuando nos liberemos de todos los juicios. La relación sanada con nuestros socios especiales ahora refleja nuestra relación unificada con Dios y Cristo, la única Fuente de felicidad y amor duraderos – la única relación real (T15.VIII).

(I.12:1-4) Aquel a quien Dios ha llamado no debe prestar oídos a ningún sustituto. La llamada de los sustitutos no es más que el eco del error original que fragmentó el Cielo. ¿Y qué fue de la paz de los que prestaron oídos a dicha llamada? Regresa conmigo al Cielo, y caminando junto con tu herma-no ve a otro mundo más allá de éste, hasta llegar a la belleza y alegría que ese otro mundo te ofrece.

Este es un resumen del camino que Jesús nos pide que recorramos con él:

desde el especialismo hasta el perdón, y de ahí al mundo real y al Cielo.

Cuando escuchamos el llamado substituto de separación del ego, descendimos al infierno y la paz fue desechada, aparentemente perdida para siempre, como así también la Voz de Dios que nos llamaba a regresar a casa

fue silenciada por el especialismo y, por lo tanto, no fue escuchada. (I.13) Has sido llamado junto con tu hermano, a la más santa función que este mundo puede ofrecer. Ésa es la única función que no tiene límites, y que llega hasta cada uno de los fragmentos de la Filiación cual auxilio sanador y unificador. Esto es lo que se te ofrece en tu relación santa. Acéptalo ahora, y lo darás tal como lo has recibido. La paz de Dios se te da con el luminoso propósito en el que te unes a tu hermano. La santa luz que os unió tiene que extenderse, de la misma forma en que la aceptasteis.

La luz se extiende para abrazar al mundo en "El círculo de la Expiación" (T14.V) en el que todos son bienvenidos. Nadie ni nada puede ser excluido

del único propósito de despertar del sueño y volver al hogar que compartimos con la plena creación de Dios. Repetidamente volvemos a este

tema central de la unidad de la Filiación, dentro de la cual cada fragmento

aparentemente separado es parte integral del todo, porque sin cada parte de

la Filiación, ésta no estaría completa. El magnífico cierre de nuestra sinfonía – el párrafo final, de hecho – presenta la visión final de Jesús de

que no "queda ni una sola mota de obscuridad que pudiese ocultarle a nadie

la faz de Cristo" (T-31.VIII.12:5). Como el perdón elimina los pensamientos de culpa (las motas de obscuridad) de nuestras mentes, la luz

que se libera se extiende a través de la mente sanada del único Hijo de Dios,

bendiciendo los fragmentos que una vez creyeron que eran partes que habían olvidado la gloriosa unidad que es el Hijo de Dios.

(II.6:1-6) El Espíritu Santo, siempre práctico en Su sabiduría, acepta tus sueños y los emplea en beneficio de tu despertar. Tú te habrías

valido de ellos para seguir durmiendo. Dije antes que el primer cambio que tiene que producirse antes de que los sueños desaparezcan, es que

tus sueños de miedo se conviertan en sueños felices. Eso es lo que el Espíritu Santo hace en la relación especial. No la destruye ni te priva de

ella. Pero sí la usa de manera diferente, a fin de ayudarte a que Su propósito se vuelva real para ti.

Nada cambia necesariamente en lo externo, sino que cambia el propósito

que establecimos para la relación: desde la necesidad del ego de mantenernos soñando con la separación, la culpa y la exclusión, hasta la

meta del Espíritu Santo del perdón donde aprendemos felizmente el significado de la inclusión, aunque todavía estemos dormidos. Esto significa que no se nos pide que abandonemos nuestras relaciones, sino que

simplemente miremos el dolor que nos traen. Liberar el deseo de sufrir permite que nuestras relaciones especiales sean suavemente transformadas

por el amor que refleja este amor. Y que luego se transmuten totalmente y

se conviertan en ese amor.

(II.6:7-9) Seguirás teniendo una relación especial, pero no será una fuente de dolor o de culpabilidad, sino de dicha y liberación. No será sólo para ti, pues en eso reside su infortunio. De la misma manera en que su falta de santidad la mantiene como algo aparte, su estado de santidad la convierte en una ofrenda para todo el mundo.

La forma de la relación permanece, porque todavía nos identificamos con

los cuerpos, pero cuando elegimos un Maestro diferente, su propósito se

convierte en santo. La miseria del especialismo es causada por su exclusividad, reflejando la miseria original de habernos separado de Dios y

de habernos convertido en un yo individual. Este error ahora es reemplazado por el gozo de aprender la naturaleza todo-inclusiva del amor

a través del perdón. Esta nos libera de la culpa y es el medio de nuestro

regreso a casa en alas de la santidad, con todos nuestros hermanos junto con nosotros.

(II.7:1-2,7-10) Tu relación especial se convertirá en el medio de erradicar la culpabilidad en todos los que son bendecidos a través de tu

relación santa. Será un sueño feliz, y uno que compartirás con todo aquel que se cruce en tu camino. ... Y Él los despertará a través de ti que le ofreciste tu relación a Él. ¡Si tan solo reconocieses Su gratitud! ¡O la mía a través de la Suya! Pues estamos unidos en un solo propósito, al ser de un mismo sentir con Él.

La idea de la naturaleza no-exclusiva del mundo del perdón aparece repetidamente en nuestra sinfonía. No puede haber excepciones si Jesús ha

de ser nuestro maestro, y aprender a amar como él lo hace debería ser nuestro único propósito al viajar a través del mundo ilusorio de culpa y especialismo hacia nuestro hogar de inocencia y amor. La gratitud de Dios

es la de Jesús, así como la nuestra: un amor, una gratitud; un Hijo, un Ser.

(II.8:1-3) No permitas que el sueño se apodere de ti y te haga cerrar los ojos. No es extraño que los sueños puedan dar lugar a un mundo irreal. Lo que sí es increíble es que tengas el deseo de hacer eso.

Una vez que deseamos que el ego sea real, su mundo de sueños tiene perfecto sentido. Es la ley de la mente – la proyección da lugar a la percepción – de que un mundo percibido de separación debe surgir de un

pensamiento proyectado de separación, la primera proyección del error. Sin

embargo, es el deseo de este mundo lo que no tiene sentido, porque ¿cómo

podría existir tal pensamiento, y cómo podríamos desear que existiera tal

pensamiento? Todos somos testigos de este deseo porque nos experimentamos como seres separados que viven dentro de sus carcasas

físicas. Este importante pasaje nos dice que el problema no es el sueño en sí

(¿cómo podría ser una ilusión un problema?), sino que nuestras mentes

decidieron tener el sueño, y todavía se aferran a él. Es decir, este es el por

qué no necesitamos hacer nada sobre el mundo o el cuerpo, sino solo cambiar nuestra decisión de soñarlos. Repasaremos esto en el movimiento

final de nuestra sinfonía donde aprendemos que la salvación no se refiere a

lo que pensamos, sino al simple hecho de que pensamos (T-31.V.14:3-4).

(II.8:4) Tu relación con tu hermano se ha convertido en una relación en la que ese deseo ha sido eliminado, pues su propósito ha sido trocado de

uno de sueños a uno de verdad.

No hay nada en una relación que necesite necesariamente cambiar de forma, porque Jesús solo pide que cambiemos nuestro propósito desde la

culpa del ego hasta su perdón. Para reafirmar esto, lo que cambia es la forma en que miramos el mundo, no el mundo en sí. El significado de no

tengo que hacer nada, una vez más, es que no hacemos nada porque no hay

un problema que resolver; cambiamos solo el pensamiento equivocado de

que había un problema que necesitaba solución. Corregido el error, la verdad vuelve a ocupar el lugar que le corresponde en nuestra conciencia.

(VI.10) Puedes alzar la mano y tocar el Cielo. Tú, cuya mano se encuentra asida a la de tu hermano, has comenzado a extenderte más allá del cuerpo, pero no fuera de ti mismo, para alcanzar juntos la Identidad que compartís. ¿Cómo iba a encontrarse dicha Identidad fuera de vosotros donde Dios no está? ¿Acaso es Él un cuerpo? ¿E iba a haberte creado diferente de Sí Mismo y donde Él no podría morar? Él es lo único que te rodea. ¿Qué limitaciones puedes tener tú a quien Él abarca?

En la relación santa que nace en el instante santo perdemos de vista el cuerpo, porque el pensamiento de la separación que es su fuente se ha deshecho. La mente, antes limitada por las cadenas del especialismo, se

libera a lo ilimitado, anunciando el regreso del Dios incorpóreo Cuyo

recuerdo ha esperado el cambio del tomador de decisiones en favor de la
la
mentalidad-correcta. El Ser que Él creó como nuestra verdadera
Identidad
es espíritu, no carne, porque la Idea del Hijo de Dios no ha abandonado
Su
Fuente.

(VI.11:1-6) Todo el mundo ha experimentado lo que podría describirse
como una sensación de ser transportado más allá de sí mismo. Esta
sensación de liberación va mucho más allá del sueño de libertad que a
veces se espera encontrar en las relaciones especiales. Es una
sensación

de habernos escapado realmente de toda limitación. Si examinas lo
que esa sensación de ser “transportado” realmente supone, te darías
cuenta de que es una súbita pérdida de la conciencia corporal, y una
experiencia de unión con otra cosa en la que tu mente se expande
para

abarcarla. Esa otra cosa pasa a formar parte de ti al tú unirte a ella. Y
tanto tú como ella os completáis, y ninguno se percibe entonces como
separado.

El ego nos ha convencido de que encontraríamos la libertad de la culpa
en

la separación y el especialis-mo. Sin embargo, todo lo que sucede es
que

nuestra culpa, aparentemente impuesta sobre otro, se refuerza
secretamente

en la mente. Desde su demente hogar, la culpa causa estragos al
perpetuar el

sueño de la separación, ya que es continuamente proyectada,
manteniéndonos separados de los demás. Sin embargo, cuando
dejamos de

lado el pensamiento del ego sobre los intereses separados, todas las
limitaciones desaparecen y nos volvemos verdaderamente libres. La
mente

liberada se une en sí misma, la totalidad se une a la totalidad, a
medida que

el cuerpo desaparece de la conciencia.

(VI.11:7-11) Lo que realmente sucede es que has renunciado a la
ilusión

de una conciencia limitada y has dejado de tenerle miedo a la unión. El

amor que instantáneamente reemplaza a ese miedo se extiende hasta lo que te ha liberado y se une a ello. Y mientras esto dura no tienes ninguna duda acerca de tu Identidad ni deseas limitarla. Te has escapado del miedo y has alcanzado la paz, no cuestionando la realidad, sino simplemente aceptándola. Has aceptado esto en lugar del cuerpo, y te has permitido a ti mismo ser uno con algo que se encuentra más allá de éste, al simplemente no permitir que tu mente esté limitada por él. En este instante santo del perdón somos liberados del sistema de pensamiento de separación, como así también de las cadenas de límites y limitaciones impuestas por la mente al cuerpo. La conciencia de la Filiación no conoce límites porque reconoce la unidad de los aparentes fragmentos del Hijo de Dios. Aceptar la presencia de la paz todo-inclusiva de Dios, nos permite que el recuerdo de Cristo, nuestro Ser, alboree en nuestra mente que despierta. La atracción del amor por el amor nos lleva a casa junto con todos nuestros hermanos, ya que excluir a un pequeño segmento de la realidad va en contra de la Voluntad de Dios, que también es la nuestra. La última parte de "El pequeño jardín", que ahora veremos, nos anima a elegir en contra el jardín del ego que excluía a todos menos a los que invitamos a darnos lo que queríamos, después de lo cual fueron desechados y nuevos objetos especiales fueron traídos. Este especialismo da paso al jardín de Jesús en el que nadie se queda afuera: (VIII.9:1-4) El Pensamiento de Dios rodea tu mísero reino y espera ante la barrera que construiste, deseoso de entrar y derramar su luz sobre el terreno yermo. ¡Mira cómo brota la vida por todas partes! El desierto se convierte en un jardín lleno de verdor, fértil y plácido, ofreciendo descanso a todos los que se han extraviado y vagan en el polvo.

Ofréceles este lugar de refugio, que el amor preparó para ellos allí donde antes había un desierto.

El "desierto" es el sistema de pensamiento del ego, el mundo "árido y polvoriento" de relaciones especiales "al cual criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir" (L-pII.13.5:1). Creemos que nos alimenta la culpa, pero el veneno de su odio es el que nos mata. Sin embargo, a pesar

del aparente poder del desierto, solo necesitamos cambiar a los maestros

para convertir el lugar de la muerte en un jardín de vida. Lo que una vez fue

una guarida asesina de exclusividad es transformado en un cálido círculo de

inclusión, en el que todos son recibidos como un querido amigo y compañero de confianza en el viaje a casa, mientras continuamos leyendo:

(VIII.9:5-8) Y todo aquel a quien le des la bienvenida te brindará el amor del Cielo. Entran de uno en uno en ese santo lugar, pero no se marchan solos, que fue como vinieron. El amor que trajeron consigo les acompañará siempre, al igual que a ti. Y bajo su beneficencia tu pequeño jardín crecerá y acogerá a todos los que tienen sed de agua viva, pero están demasiado exhaustos para poder seguir adelante solos.

Este estar demasiado exhaustos proviene del mundo en el que vivimos.

Tenemos sed y pasamos hambre, material y espiritualmente, y nuestro medio para acabar con la desesperación es odiar y matar. Sin embargo,

podemos cambiar nuestras mentes en un instante y aprender a ver a todos

como parte de una familia: en cuerpos separados todavía, pero compartiendo la necesidad común de despertar del mundo de las pesadillas

de culpa y soledad, sufrimiento y muerte.

(VIII.10) Sal a su encuentro, pues traen a tu Ser consigo. Y condúcelos dulcemente a tu plácido jardín, y recibe allí su bendición. De este modo,

tu jardín crecerá y se extenderá a través del desierto, y no dejará afuera ni un solo mísero reino excluido del amor, dejándote a ti adentro. Y tú te reconocerás a ti mismo, y verás tu pequeño jardín

transformarse dulcemente en el Reino de los Cielos con todo el Amor de su Creador resplandeciendo sobre él.

El propósito de nuestras vidas se transforma de buscar enemigos para matar

a buscar hermanos que compartan el único objetivo de recordar el Ser que

está contenido en todos los Hijos de Dios. Al ver a Cristo en cada uno entramos en el jardín del perdón en una bienvenida conjunta, del cual desaparecemos como un solo Hijo en el amor del Cielo – la gloriosa conclusión del "viaje sin distancia hacia una meta que nunca ha cambiado"

(T-8.VI.9:7).

(VIII.11:1-6) El instante santo es la invitación que le haces al amor para que entre en tu desolado y pesaroso reino y lo transforme en un jardín de paz y de bienvenida. La respuesta del amor no se hace esperar.

Llegará porque tú viniste sin el cuerpo y no interpusiste barrera alguna que pudiese obstaculizar su feliz llegada. En el instante santo, le pides al amor únicamente lo que él ofrece a todos, ni más ni menos. Y al pedirlo todo, recibirás todo. Y tu radiante Ser elevará el ínfimo aspecto que trataste de ocultar del Cielo, directamente hasta éste.

Al elegir a Jesús como nuestro maestro en el instante santo, se le da la bienvenida a su amor donde antes había estado alejado. El dolor de la ausencia del amor que convirtió la mente en un "desolado y pesaroso reino"

es algo demasiado grande para soportar; por lo tanto, elegimos de nuevo: la

visión reemplaza el juicio y vemos a todas las personas compartiendo un

propósito. El pequeño ser disminuye en importancia y el recuerdo de nuestro verdadero Ser aumenta en la conciencia. Donde antes habíamos

hecho que Dios no fuera bienvenido, ahora nuestras mentes se mueven

firmeramente hacia Él. Con el amor como nuestro guía y objetivo, nuestros

pasos son certeros y el final del viaje es seguro. El desolado desierto se ha

metamorfosado en un jardín de esperanza, dando paso suavemente al

eterno Amor del Cielo.

(VIII.11:7-8) Ninguna parte del amor puede invocar al todo en vano. Ningún Hijo de Dios se encuentra excluido de Su Paternidad. Necesitamos darnos cuenta de cuánto deseamos excluir a otros de nuestro reino y lo bien que se siente en nuestra locura el hacerlo. Jesús nos ayuda a comparar el gozo aparente de este momento de triunfo con la hermosa y alegre experiencia verdadera de saber que todos estamos incluidos en el Amor de Dios. De esta manera la separación se deshace y la pesadilla de la fragmentación se disuelve en su propia nada.

(VIII.13:1) Has llegado al final de una jornada ancestral, y aún no te has dado cuenta de que ya concluyó. El tema de la jornada es central en este capítulo y en el siguiente. El viaje del ego nos lleva a la locura – del Cielo al infierno – la cual defendemos culpando a otros por nuestra lamentable suerte. Cuando nosotros finalmente nos damos cuenta de que esto no nos ha hecho felices, damos marcha atrás y pasamos de la locura a la cordura. El viaje concluye con nuestro regreso al hogar que realmente nunca abandonamos.

(VIII.13:2-8) Todavía estás exhausto, y el polvo del desierto aún parece empañar tus ojos y cegarte. Pero Aquel a Quien has dado la bienvenida ha venido a ti y quiere darte la bienvenida. Ha estado esperando mucho tiempo para hacer eso. Recíbela de Él ahora, pues Su Voluntad es que lo conozcas. Sólo un pequeño muro de polvo se interpone todavía entre tu hermano y tú. Sóplalo ligera-mente con gran alborozo y verás cómo desaparece. Y entrad en el jardín que el amor ha preparado para vosotros dos.

Ambos entramos juntos, lo que permite que el Amor del Espíritu Santo se extienda por toda la mente de la Filiación, ahora curada por el perdón de

nuestra creencia en intereses separados. La feliz risa del Espíritu Santo, a la que nos unimos, deshace la seriedad que habíamos invertido en el sistema de pensamiento del ego. Nuestra sonrisa gentil ante la aparente crueldad del ego hace volar el "pequeño muro de polvo" – un símbolo de la fragilidad de nuestros pensamientos de ataque – que solían mantenernos separados a unos de otros. Este incisivo símbolo se repite en el capítulo siguiente bajo el primer obstáculo a la paz.

Pasamos ahora a hablar de aquel que viene con nosotros en el viaje. En

"Luz en el sueño", entre otros lugares, Jesús habla de su capacidad para transformar nuestras relaciones especiales, llevándonos de la oscuridad a la luz:

(III.4:1-2) Tú que tomas de la mano a tu hermano tomas también la mía, pues cuando os unisteis no estabais solos. ¿Crees acaso que yo te iba a dejar en las tinieblas que acordaste abandonar conmigo?

Este cambio interior es posible cuando soltamos la mano del ego y tomamos la de Jesús como nuestro guía. En efecto, cuando tomamos su mano, ya hemos tomado la de nuestro hermano, porque la Filiación de Dios

es una. El especialismo evita que este feliz hecho sea consciente; el perdón

lo restaura, dando lugar a la luz del amor del Cielo, a la cual nuestras mentes correctas le prometieron a Jesús que le pediríamos ayuda para alcanzarla.

(III.5:5-7) Puedes estar tan seguro de que yo te llevo de la mano como de que tú estuviste de acuerdo en llevar de la mano a tu hermano. No os

separéis, pues yo estoy con vosotros y camino con vosotros en vuestro avance hacia la verdad. Y dondequiera que vamos, llevamos a Dios con nosotros.

Jesús nos dice a lo largo del texto que está dentro de la relación santa.
No

puede pararse dentro de la relación especial porque su propósito es excluirlo. Sin embargo, permanece en nuestras mentes como la Expiación,

porque su presencia amorosa dice que la separación del Amor de Dios nunca sucedió. Con Jesús a nuestro lado, nos damos cuenta de que la idea

de excluir el amor y dar la bienvenida al amor especial no nos trae la felicidad que queremos. Elegir de nuevo es nada menos que la invitación al

amor a entrar donde ya se encuentra y llevarnos a la verdad.

(III.6) Te has unido a mí en tu relación para llevarle el Cielo al Hijo de Dios, que se había ocultado en la oscuridad. Has estado dispuesto a llevar la oscuridad a la luz, y eso ha fortalecido a todos los que quieren permanecer en la oscuridad. Los que quieran ver verán. Y se unirán a mí para llevar su luz a la oscuridad cuando la oscuridad que hay en ellos haya sido llevada ante la luz y eliminada para siempre.

La necesidad que tengo de ti que te has unido a mí en la santa luz de tu

relación, es la misma que tienes tú. ¿Cómo no iba yo a darte a ti lo que tú me diste a mí? Pues en el momento en que te uniste a tu hermano, me respondiste.

Cuando le damos la mano a Jesús, él está ahí para ayudarnos. Lo necesitamos porque no podemos perdonar sin él; nos necesita porque no

puede ayudarnos sin que lo deseemos. "Los que quieran ver, verán"; los que

quieran ayuda la recibirán. La oscuridad de la separación no puede resistir

la suave fuerza de la luz del perdón que nuestras mentes eligen cuando

tomamos a Jesús como nuestro guía. Cuando es llevada al amor de nuestro

maestro, la culpa debe desaparecer, y su luz debe liberarse para hacer brillar

la oscuridad que fue elegida por las mentes que alguna vez abrigaron sueños de odio.

El siguiente párrafo refleja el aspecto del proceso de la relación santa,

nuestra próxima sección:

(VIII.12) Puedes estar seguro de esto: el amor ha entrado a formar parte de tu relación especial, y ha entrado de lleno en respuesta a tu vacilante solicitud. Tú no te das cuenta de que ha llegado porque aún no has levantado todas las barreras que construiste contra tu hermano.

Y ninguno de vosotros será capaz de darle la bienvenida al amor por separado. Es tan imposible que tú puedas conocer a Dios solo como que

Él pueda conocerte a ti sin tu hermano. Mas juntos no podríais dejar de ser cons-cientes del amor, del mismo modo en que el amor no podría

no conoceros ni dejar de reconocerse a sí mismo en vosotros.

Nuestra "pequeña dosis de buena voluntad" nos permite cambiar de dirección a medida que cambiamos de maestros. Como el miedo al amor

permanece, todavía no somos totalmente conscientes de la decisión por la

mentalidad-correcta de nuestro tomador de decisiones. Podemos, sin embargo, aprender a reconocer los signos del miedo: pequeños resentimientos, viejos odios que resurgen de repente, atracciones especiales

de amor que aparentemente surgen de la nada – todas las cuales mantienen

la separación de otros. También aprendemos del amargo costo de tal falta de

perdón: la pérdida de la felicidad y la ausencia de paz. Tal reconocimiento

fortalece nuestra buena voluntad, porque ya no deseamos pagar el precio

exorbitante de excluir el amor. Esto nos motiva a unirnos a los socios especiales que una vez habíamos desterrado de nuestro pequeño reino.

El proceso de la relación santa: "La pequeña dosis de buena voluntad".

El proceso del perdón que nos mueve de la relación especial a la santa no

está exento de malestar. La resistencia a escuchar la verdad nos lleva a

soltar la mano de Jesús en el instante en que la levantamos, porque nos damos cuenta de hacia dónde nos dirigimos y tememos la pérdida de nuestra individualidad. La oscuridad de nuestra identidad como un hijo de la culpa es severamente amenazada por la luz curativa de la Expiación que presagia el fin del yo especial. A pesar de este miedo, nuestra "pequeña dosis de buena voluntad" es suficiente para permitirnos continuar hacia la luz, porque nunca más queremos estar sin la presencia amorosa de Jesús como guía y consuelo:

(III.2:1) Según se aproxime la luz te lanzarás a la oscuridad huyendo de la verdad, refugiándote algunas veces en cosas menos temibles, y otras, en el terror más absoluto.

Jesús señala nuestro miedo a la luz para que no nos sintamos culpables cuando tengamos miedo - yendo hacia la luz y luego retirarnos a la oscuridad, haciéndose eco de la famosa declaración de San Agustín de hace

mil quinientos años: "¿Por qué cuando voy hacia la luz me arrojan de repente a la oscuridad?" Sin embargo, el Padre de la Iglesia no era consciente de que su mente había elegido activamente la oscuridad, porque

su ego tenía miedo de la luz de la inocencia.

(III.2:2-5) Pero avanzarás, pues tu objetivo es pasar del miedo a la verdad. La meta que aceptaste es la meta del conocimiento, y esto lo demuestra tu buena voluntad. El miedo parece habitar en la oscuridad, y cuando tienes miedo es que has retrocedido. Unámonos inmediatamente en un instante de luz y eso será suficiente para recordarte que tu meta es la luz.

Jesús nos consuela diciendo: "No te dejes abrumar por el miedo, sino trata

de comprender sus orígenes. Evita la tentación de usar tu miedo como excusa para soltar mi mano y sumergirte aún más en la oscuridad".

Nuestro

hermano mayor esencialmente nos pide que recordemos sus lecciones sobre

la mente dividida. La mente correcta anhela regresar a la luz y recuperar su
Ser, mientras que la mente errada huye de la luz como lo hace una cucaracha cuando se enciende una lámpara, corriendo a un lugar seguro. La mente está gobernada por el tomador de decisiones que debe aprender que el miedo es una ilusión, una defensa del ego contra nuestra elección en favor de la luz del perdón en lugar de la oscuridad de la culpa. Llevar el miedo a Jesús, como ahora leemos, nos ayuda a recordar nuestra meta y el milagro que nos lleva allí:

(IX.1:1-4) Se te ha dicho que lleves la obscuridad a la luz, y la culpabilidad a la santidad. Se te ha dicho también que el error tiene que ser corregido allí donde se originó. Lo que el Espíritu Santo necesita, por lo tanto, es esa diminuta parte de ti, el insignificante pensamiento que parece estar separado y desconectado. El resto está completamente al cuidado de Dios y no necesita guía. Más específicamente, el Espíritu Santo necesita la parte de la mente tomadora de decisiones (la fuente del error) la cual se ha identificado con el pequeño pensamiento de separación del ego, empequeñeciéndose a sí misma a expensas del reflejo de la grandeza de Cristo que se mantiene en la mente correcta. El problema para el ego no es la Expiación de la mentalidad-correcta, sino el poder de la mente para optar por ella. Así, Jesús nos aconseja repetidamente que miremos la elección en favor de la ilusión, y que no busquemos a la verdad, la cual simplemente es.

(IX.1:5-10) Pero ese pensamiento descabellado e ilusorio necesita ayuda porque, en su demencia, cree que él es el Hijo de Dios, completo en sí mismo y omnipotente, único gobernante del reino que estableció aparte para forzarlo, mediante la locura, a la obediencia y a la esclavitud. ésa es la pequeña parte que crees haberle robado al Cielo. ¡Devuélvesela! El Cielo no la ha perdido, pero tú has perdido de vista el Cielo. Deja que el Espíritu Santo la saque del desolado reino dónde tú la confinaste,

rodeada de tinieblas, protegida por el ataque y reforzada por el odio. Dentro de sus barricadas todavía se encuentra un diminuto segmento del Hijo de Dios, completo y santo, sereno y ajeno a lo que tú crees que le rodea.

En su evidente locura, este pequeño yo se proclama audazmente como el

Hijo del Cielo, negando al Ser que nunca abandonó Su Fuente. Cuando el

tomador de decisiones reconoce el doloroso error de haber elegido el mundo oscuro y marchito de ataque y odio, felizmente regresa a su Maestro. Recuerda la mente del santo Ser que había abandonado, pero que

durante mucho tiempo ha esperado el regreso del Hijo a la cordura.

Las

enseñanzas del Espíritu Santo nos ayudan a deshacer nuestra elección equivocada al darnos cuenta del propósito del perdón compartido por toda

la Filiación, sin excluir a nadie de las bendiciones que hemos recibido.

Sin embargo, otra descripción de nuestro viaje de perdón se produce en

medio del pasaje que leímos antes sobre el mundo y los cuerpos:

(IX.3:7) Pero Dios puede llevarte hasta allí, si estás dispuesto a seguir al

Espíritu Santo a través del aparente terror, confiando en que Él no te abandonará ni te dejará allí.

Permitiendo que Jesús vuelva sobre nuestro demente curso hacia la locura,

viajamos desde el miedo del cuerpo al de la mente, y luego más allá de

ambos a la eterna luz del Amor de Dios. La Voz de Dios puede llevarnos allí, pero no sin nuestra voluntad de atravesar las tinieblas del miedo.

Jesús

dice aparente porque el miedo no es real, a pesar de nuestra experiencia de

su fuerza. De hecho, huimos al mundo para escapar del terror de la mente, y

aunque ahora lo percibimos como externo – expresado no solo como miedo,

sino como odio, sufrimiento y muerte – sigue siendo la proyección del

pensamiento de culpa lo que nos hace temer el castigo exigido por el ego.

Reafirmando sucintamente el proceso, habiendo abandonado el miedo de la

mente a través de la proyección, no podemos volver a la luz sin primero

mirarla, lo que el recorrido del milagro nos permite hacer.

(IX.3:8-9) Pues Su propósito no es atemorizarte, aunque el tuyo lo sea. Te sientes seriamente tentado de abandonar al Espíritu Santo al primer roce con el anillo de temor, pero Él te conducirá sano y salvo a través del temor y más allá de él.

El miedo y el sufrimiento no provienen del Espíritu Santo, sino de nosotros

mismos. Jesús nuevamente nos alerta sobre nuestro terror y resistencia, en

los que el ego levantará muchas defensas. Pasajes como estos nos ayudan a

entender el proceso para que cuando ocurra el miedo, no corramos a los

brazos del ego, o si lo hacemos, al menos sabremos lo que estamos haciendo y no abortaremos el viaje. En este siguiente pasaje, Jesús describe

el proceso que nos lleva a través del mundo de tinieblas del miedo y la culpa al círculo de la santa luz del perdón:

(IX.6) Esta barrera tan aparentemente sólida, y ese falso suelo que parece ser una roca, es como un banco de nubes negras que flotan muy

cerca de la superficie, dando la impresión de ser una sólida muralla ante el sol. Su apariencia impenetrable no es más que una ilusión.

Cede

mansamente ante las cumbres que se elevan por encima de ella, y no tiene ningún poder para detener a nadie que quiera ascender por

encima de ella y ver el sol. Esta aparente muralla no es lo suficientemente fuerte como para detener la caída de un botón o para sostener una pluma. Trata de tocarla y desaparece; intenta asirla y tus manos no agarran nada.

Así como nada puede descansar sobre una nube porque la nube no tiene

sustancia, tampoco nada puede descansar sobre el sistema de pensamiento

del ego, lo que significa que el mundo no descansa sobre una sólida base –
¡no existe ninguna sólida base! El suelo sólido sobre el que creemos que
están nuestros pies, las sillas en las que nos sentamos no son sólidos en
absoluto, porque los sueños de solidez material no establecen la realidad. El
punto de Jesús es que no debemos tener miedo del ego, porque ¿cómo
podría la nada ser peligrosa? El ego solo parece monstruosamente horrible,
pero su base es la culpa inexistente. Una vez más, el problema no es la
forma de nuestro malestar – las nubes negras del ego – sino el
contenido de
la decisión equivocada de la mente de creer que las ilusiones tienen
poder
sobre nosotros.

(IX.7:1-2) Pero en ese banco de nubes es fácil ver todo un mundo. Las
cordilleras, los lagos y las ciudades que ves, son todos producto de tu
imaginación; y desde las nubes, los mensajeros de tu percepción
regresan a ti, asegurándote que todo eso se encuentra allí.
Un juego que los niños juegan a veces es imaginar cosas en las nubes.
Como estas imágenes inventadas, Jesús nos dice que el mundo en sí es
inventado, porque todo lo que vemos son las proyecciones mentales
de la
nada en la nada. El aparato de percepción del cuerpo nos trae
información
de un mundo que no existe, por lo cual nuestros órganos sensoriales
no nos
dicen la verdad.

(IX.7:3-5) Se destacan figuras que se mueven de un lado a otro, las
acciones parecen reales, y aparecen formas que pasan de lo bello a lo
grotesco. Y esto se repite una y otra vez, mientras quieras seguir
jugando el juego infantil de pretender ser otra cosa. Sin embargo, por
mucho que quieras jugar ese juego, e independientemente de cuánta
imaginación emplees, no lo confundes con el mundo que le subyace ni
intentas hacer que sea real.

Estas son las figuras de amor especial y de odio especial que
componen

nuestras vidas. Como adultos conocemos la diferencia entre la fantasía y nuestro "mundo real", pero todos somos niños en el nivel espiritual, y no comprendemos la naturaleza ilusoria del mundo. En consecuencia, necesitamos un Maestro que nos explique la diferencia entre realidad e ilusión. Este tema del mundo como simplemente un juego de niños, por horrible que parezca el juego, se repite en movimientos posteriores de nuestra sinfonía.

(IX.8:1-3) Asimismo debería ser con las tenebrosas nubes de la culpabilidad, las cuales son igualmente vaporosas e insubstanciales. No

te pueden magullar al atravesarlas. Deja que tu Guía te muestre su naturaleza insubstantial a medida que te conduce más allá de ellas, pues debajo de ellas hay un mundo de luz sobre el que esas nubes no arrojan sombras.

Jesús nos dice en otra parte: "Trata de ir más allá de las nubes utilizando

cualquier medio que te atraiga. Si te resulta útil, piensa en que te estoy

llevando de la mano, y que te estoy guiando. Y te aseguro que esto no será

una vana fantasía" (L-pl.70.9:2-4). No podemos atravesar las ilusiones de

culpabilidad del ego sin Jesús porque estamos demasiado aterrorizados por

la luz, al igual que los niños y niñas que necesitan la presencia reconfortante de sus padres al despertar repentinamente de un sueño aterrador. Todos necesitamos los reflejos del amor para guiarnos suavemente a través de nuestro miedo – aparentemente hacia la obscuridad,

pero en realidad hacia la luz – hasta que seamos capaces de estar completamente en la presencia amorosa de la verdad.

(IX.8:4-5) Sus sombras solo nublan el mundo que se encuentra más allá

de ellas, el cual está aún más alejado de la luz. Sin embargo, no pueden

arrojar sombras sobre la luz.

Ya hemos visto cómo proyectar la culpa de la mente arroja sombras sobre un mundo que hemos confundido con la realidad. Sin embargo, a pesar de estas percepciones erróneas, las sombras no tienen ningún efecto sobre la verdad, una variación de la Expiación.

A continuación, examinamos nuestra parte en el proceso del perdón, utilizando el título de la sección, "La pequeña dosis de buena voluntad", como nuestro punto focal. Nuestra función de mentalidad-correcta en el sueño es pedir ayuda para mirar el ego; "la pequeña dosis de buena voluntad" de cuestionar la separación y el especialismo que es el único requisito que la salvación pide. Siguiendo este principio, no buscamos cambiar el ego o su mundo, sino solo mirar con ojos abiertos e indefensos su sistema de pensamiento.

(IV.1:1-4) El instante santo es el resultado de tu decisión de ser santo. Es la respuesta. Desearlo y estar dispuesto a que llegue precede su llegada. Preparas tu mente para él en la medida en que reconoces que lo deseas por encima de todas las cosas.

Este es un curso fácil porque no nos pide nada excepto ponernos los anteojos de Jesús y quitarnos los propios, mirando el mundo a través de sus ojos de visión y no de los del juicio del ego. La inherente simplicidad de su mensaje se ve desmentida por nuestras complicadas vidas de actividad.

Somos "hacedores" porque el ego fue inventado "haciendo". En consecuencia, solo necesitamos deshacer: observar sin juzgar al ego en pensamiento, sentimiento y comportamiento. Esto nos permite elegir contra él.

(IV.1:5-10) No es necesario que hagas nada más; de hecho, es necesario que comprendas que no puedes hacer nada más. No te empeñes en darle al Espíritu Santo lo que Él no te pide, o, de lo contrario, creerás que el ego forma parte de Él y confundirás a uno con otro. El Espíritu

Santo pide muy poco. Él es Quien aporta la grandeza y el poder. Él se une a ti para hacer que el instante santo sobre pase con mucho tu entendimiento. Darte cuenta de lo poco que tienes que hacer es lo que le

permite a Él dar tanto.

Una vez más, no necesitamos hacer nada más que elegir el instante santo, lo

que significa tener la voluntad de mirar a través de los ojos del Espíritu Santo y simplemente ver lo que hace el ego:

Si intentamos cambiar el ego, lo hacemos real.

Si nos molesta el ego, lo hacemos real.

Si pensamos que el ego es el problema, lo hacemos real.

Si nos enfocamos en el ego y no en el tomador de decisiones que lo eligió, lo hacemos real.

Es la simple mirada sin juicio lo que expone la nada del ego por lo que es.

Volviendo a las palabras del libro de ejercicios: "El perdón ... es tranquilo y

sosegado, y no hace nada. ... Simplemente observa, espera y no juzga" (LpII.1.4:1,3). Por eso, avanzando hacia un movimiento posterior en nuestra

sinfonía, Jesús dice que su curso es muy simple: "Este curso apenas requiere nada de ti. Es imposible imaginarse algo que pida tan poco o que

pueda ofrecer más" (T-20.VII.1:7-8). El siguiente pasaje destruye el mito de

los bienhechores del mundo:

(IV.2:1-2) No confíes en tus buenas intenciones, pues tener buenas intenciones no es suficiente.

No importa lo bienintencionados que seamos, tratar de ayudar a las personas al nivel del mundo no los sanará, e inevitablemente les hará daño

al negar el poder de la mente para elegir su destino. Estos esfuerzos reflejan

la agenda oculta del sistema del ego que dice que hay un problema real

aquí; además, que sabemos cuál es y cómo solucionarlo. Implícita en estas

declaraciones está la verdadera fuente de culpa: nosotros te ayudaremos

porque Dios no lo hará. Una vez más nos encontramos sustituyendo el ser por el Ser, defendiendo nuestra elección al creer que aquí hay cuerpos – no mentes – que requieren nuestra amable intervención. El punto, para repetir esta advertencia cardinal, no es si actuamos o no de manera útil, sino más bien que dirección estamos siguiendo, la del ego o la del Espíritu Santo.

(IV.2:3-6) Pero confía implícitamente en tu buena voluntad, independientemente de lo que pueda presentarse. Concéntrate sólo en ella y no dejes que el hecho de que esté rodeada de sombras te perturbe. Ésa es la razón por la que viniste. Si hubieses podido venir sin ellas no tendrías necesidad del instante santo.

Jesús nos dice de manera tranquilizadora: “No te enfades por las relaciones especiales a las que les has construido altares y en los que las has adorado.

Viniste aquí para hacer estos santuarios de culpa y odio para deleitarte en

las sombras, solo para aprender a través del perdón que no son nada.

La

razón de la mentalidad-correcta de estar aquí es desaprender las lecciones

que el ego te enseñó para que puedas llegar al punto de que ya no quieres

sus pobres regalos. Este es el cambio que sana. No te preocupes por las

sombras, porque son tu aula que desaparecerá en el instante santo cuando

tengas la pequeña dosis de buena voluntad de mirar conmigo al ego sin

culpa ni miedo". Este es un consejo importante, porque lamentarse por el

injusto destino de las sombras de limitaciones y problemas, les da una realidad y un poder que no tienen, lo que permite que el verdadero problema de la decisión de la mente en favor del yo limitado y limitante del

ego, escape para siempre de la detección y la corrección.

(IV.3) La humildad jamás te pedirá que te conformes con la pequeñez. Pero sí requiere que no te conformes con nada que no sea la grandeza que no procede de ti. La dificultad que tienes con el instante santo procede de tu arraigada convicción de que no eres digno de él. ¿Y qué es eso, sino la decisión de ser lo que tu quisieras hacer de ti mismo? Dios no creó Su morada indigna de Él. Y si crees que Él no puede entrar allí donde desea estar, debes estar oponiéndote a Su Voluntad. No es necesario que la fuerza de tu buena voluntad proceda de ti, sino únicamente de Su Voluntad.

A pesar de estas palabras de aliento, nos aferramos a nuestro pequeño yo,

sosteniendo desesperadamente la imagen culpable de nosotros mismos que

es la salvación del ego. Jesús no tiene más remedio que esperar a que el

dolor supere nuestra tolerancia a él, para que podamos acudir a él y pedirle

ayuda de verdad "en respuesta a toda llamada inequívoca" (T-4.III.7:10). No

ataca nuestra voluntad, por equivocada que esté, sino que su amorosa presencia nos recuerda que podemos elegir de nuevo: ¿Qué prefieres ser,

rehén del ego o anfitrión de Dios? (T-11.II.7:1) ¿Es la arrogancia del ego realmente preferible a la humildad del Hijo de Dios que puede recordar con

alegría Su morada en Él?

(IV.4:1-8) El instante santo no procede únicamente de tu pequeña dosis de buena voluntad. Es siempre el resultado de combinar tu buena voluntad con el poder ilimitado de la Voluntad de Dios. Te equivocabas cuando pensabas que era necesario que te preparases para Él. Es imposible hacer arrogantes preparativos para la santidad sin creer que es a ti a quien le corresponde establecer las condiciones de la paz.

Dios

las ha establecido ya. Dichas condiciones no dependen de tu buena voluntad para ser lo que son. Tu buena voluntad es necesaria sólo para poder enseñarte lo que son. Si sostienes que no eres digno de aprender

esto, estarás interfiriendo en la lección al creer que tienes que hacer que el alumno sea diferente.

Como hemos visto, la mayoría de las espiritualidades del mundo (antiguas, tradicionales, contemporáneas) abogan por prácticas que de una forma u otra implican modificar la conducta o el cuerpo, preparándonos para la santidad, lo que significa tratar de aumentar nuestra "pequeña dosis de buena voluntad". La falacia en este enfoque, desde la perspectiva de Un Curso de Milagros, es que no sólo establece el pecado como real - ¿ya qué si no, entonces, para qué lucharíamos contra él? - sino que también lo coloca en el cuerpo, para allí ser derrotado por diversas actividades, ascéticas o de cualquier otro tipo. Sin embargo, las "condiciones para la paz" de Dios son solo el cambiar la creencia de la mente en la realidad del pecado, lo cual es el papel del milagro. El único requisito es la voluntad de aprender de nuestro Maestro, de que somos dignos y capaces de aprender el perdón debido a quienes somos como Hijo de Dios.

(IV.5:6; 6:1-4) La Expiación no puede llegarles a los que piensan que primero tienen que expiar, sino sólo a aquellos que simplemente le ofrecen su buena voluntad para de este modo hacer posible su llegada. ... Y eso es todo. Añade algo más, y estarás simplemente desvirtuando lo poco que se te pide. Recuerda que fuiste tú quien inventó la culpabilidad, y que tu plan para escapar de ella consiste en llevar la Expiación ante la culpabilidad, y en hacer que la salvación parezca temible. Y si intentas prepararte a ti mismo para el amor, lo único que harás será incrementar tu miedo.

Vale la pena repetir (y repetir) este importante pensamiento. El plan de perdón del ego nos llama a ver el lugar del pecado en el cuerpo, donde necesita ser abordado y escapar de él a través de rituales y ejercicios. En otras palabras, el ego establece la culpa como real y luego suplica a Dios y a Su expiación por su desahucio. Dado que el pecado y la culpa exigen

castigo, la expiación de Dios solo puede ser venganza. Esta hace que la salvación sea temible, aunque el ego nos convenza de que nos estamos acercando al amor. Jesús contrarresta esta locura enfatizando que no necesitamos luchar contra el pecado, sino simplemente mirar con calma en su naturaleza ilusoria con nuestras mentes tomadoras de decisiones y elegir de nuevo.

(IV.7:3-4) Te resulta difícil aceptar la idea de que sólo necesitas dar un poco para recibir mucho. Y te resulta muy difícil entender que no es un insulto personal el que haya tal desproporción entre tu aportación y la del Espíritu Santo.

El ego siempre está siendo insultado porque quiere actuar. Cuando la gente comienza el Curso, la tentación de hacer algo con él suele ser grande – hacer proselitismo, convertir y cambiar a las personas – en lugar de simplemente estudiarlo y practicarlo, trabajando para aceptar la Expiación para sí mismos. Esto significa mirar con Jesús al ego. Nada más. No es trabajo duro, pero la dificultad entra cuando nos resistimos a que no tenemos que hacer nada. Dado que luchar con el ego lo hace real, solo se nos pide que observemos sin culpa lo que hacemos nosotros y el mundo.

Suspendiendo el juicio, nos decimos a nosotros mismos: “Ahí voy de nuevo, escogiendo mi ego porque le temo a la verdad”. De esta manera no

tratamos de hacernos santos o espirituales. Nosotros simplemente miramos

lo que no es espiritual y perdonamos nuestros errores impulsados por el miedo y la culpa.

(IV.7:5-6) Todavía estás convencido de que tu entendimiento constituye una poderosa aportación a la verdad y de que hace que ésta sea lo que es. Mas hemos subrayado que no tienes que comprender nada.

Aquí hay otro golpe para los intelectuales del mundo que se toman en serio

su inteligencia. Anteriormente en este capítulo, Jesús dijo que no tenemos que entender, porque todo lo que se necesita es tu deseo de entender (T18.III.4:12). Este es el deseo de mirar con el Espíritu Santo en lugar de con el ego, el deseo de aprender por qué hemos elegido el ego y por qué todavía lo elegimos. Todo lo que se requiere es nuestra comprensión del propósito: elegimos nuestro especialismo porque queríamos permanecer en el sueño, y esto no trajo nada y nos costó todo. Siendo más sabios ahora, elegimos deshacer nuestro dolor y sufrimiento cambiando el propósito y el maestro de la mente. La necesidad de hacer ese cambio es lo que debemos entender.

(IV.7:7-8:3) La salvación es fácil de alcanzar precisamente porque no te pide nada que no puedas dar ahora mismo. No te olvides que fue tu propia decisión de hacer que todo lo que es natural y fácil para ti fuese imposible. Si crees que el instante santo es algo difícil, es porque te has erigido en árbitro de lo que es posible, y aún no estás dispuesto a cederle el lugar a Uno que sabe. La creencia según la cual hay grados de dificultad en los milagros se basa en eso. La creencia en grados de dificultad en los milagros se centra en que todo en este mundo es diferente: algunos problemas son más difíciles de resolver que otros. Mirando más allá de las cortinas de humo de especialismo reconocemos que lo único que tenemos que hacer es resolver el problema de qué maestro vamos a elegir: el maestro de la separación y los intereses separados, o el Maestro de la unidad y los intereses compartidos. La simplicidad de esta solución está camuflada por las nubes de complejidad del ego que reflejan nuestra resistencia al amor que es nuestra herencia natural.

(IV.8:4-7) Todo lo que Dios dispone no sólo es posible, sino que ya ha

tenido lugar. Por eso es por lo que el pasado ha desaparecido. En realidad nunca tuvo lugar. Lo único que es necesario es deshacerlo en tu mente, que sí creyó que tuvo lugar.

El deshacimiento no está en el mundo de los cuerpos, nuestras relaciones especiales, sino en la mente que concibió el ego y todavía lo elige. Solo allí

puede ocurrir la corrección de lo que nunca sucedió. De nuevo, la estrategia

fundamental del ego es, en primer lugar, hacer real el problema del pecado

y la culpa, con el que nuestras locas mentes se identifican y luego lo proyectan en el cuerpo, lo que hace que enfoquemos la atención en el pseudo-problema y su pseudo-solución. Ahora nos damos cuenta de que el

problema nunca es el pecado percibido en la mente o en el cuerpo, sino que

es únicamente la creencia del tomador de decisiones en él. Cambiar nuestras mentes es la única cosa que podemos hacer para deshacer el "pecado" de la separación. Jesús continúa:

(V.1) Prepárate ahora para deshacer lo que nunca tuvo lugar. Si ya entendieses la diferencia que existe entre la verdad y las ilusiones, la Expiación no tendría objeto. El instante santo, la relación santa, las enseñanzas del Espíritu Santo y todos los medios por los que se alcanza

la salvación no tendrían ningún propósito. Pues todos ellos no son sino aspectos del plan cuyo fin es cambiar tus sueños de terror a sueños felices, desde los cuales puedas despertar fácilmente al conocimiento.

No te pongas a ti mismo a cargo de esto, pues no puedes distinguir entre lo que es un avance y lo que es un retroceso. Has considerado algunos de tus mayores avances como fracasos, y has evaluado algunos

de tus peores retrocesos como grandes triunfos.

Una vez más, nuestro maestro nos dice: "Me necesitan a mí y a este curso

porque no entienden la diferencia entre ilusión y verdad. La primera es todo

lo que separa y excluye; la última es total-inclusividad y deshace la creencia

en intereses separados. Ven, déjame enseñarte el significado de la

Expiación". El problema es que pensamos con arrogancia que sabemos lo que tenemos que hacer para progresar, incluso aunque Jesús nos dice que hacemos y entendemos todo al revés, que ni siquiera deberíamos intentar entender la curación. Por ejemplo, es incomprensible que, para salvarnos de la culpa, todo lo que se requiere es un instante en el que no vemos los intereses de nadie como separados de los nuestros (M-1.1:2). Esto no tiene sentido para el cerebro, ni Jesús está tratando de que tenga sentido desde la perspectiva del mundo. Dice en efecto: "No puedes evaluar con éxito lo que estás haciendo con este curso porque estarás juzgando desde tu experiencia pasada, la cual te ha engañado enormemente. No necesitas juzgar nada, pero haz tu mejor esfuerzo para dejarme ayudarte a mirar el ego, ahora mismo. Este instante santo te despertará suavemente del miedo al amor, de la ilusión a la verdad, de la percepción al conocimiento". (V.2:1-5) Nunca solicites el instante santo después de haber tratado de eliminar por tu cuenta todo odio y temor de tu mente. Ésa es su función. Nunca intentes pasar por alto tu culpabilidad antes de pedirle ayuda al Espíritu Santo. Ésa es Su función. Tu papel consiste únicamente en estar dispuesto, aunque sea mínimamente, a que Él elimine todo vestigio de odio y de temor y a ser perdonado. La importancia de esta idea se refleja en su constante repetición. Cuando tratamos de quitar el sistema de pensamiento del ego de sus anclajes en la mente, simplemente fortalecemos su presencia, porque ¿por qué buscaríamos eliminarlo a menos que creyéramos que estaba allí? Este, por supuesto, es el propósito del ego: convencernos de su temible realidad que requiere defensa y solución. Pero cuando le pedimos ayuda a Jesús,

miramos la culpa y luego más allá (el significado aquí de "pasar por alto"),
dándonos cuenta de que no es necesario hacer nada porque no hay nada allí
para hacer algo. De ello se deduce, entonces, que nuestro mirar sin juicios
elimina todo miedo y odio, ya que nunca existieron excepto en sueños de
juicio.

(V.3) A través de tu santa relación, renacida y bendecida en cada instante santo que tú no planees, miles de seres ascenderán hasta el Cielo junto contigo. ¿Puedes acaso planear eso tú? ¿O puedes prepararte a ti mismo para tal función? Sin embargo, ello es posible porque es la Voluntad de Dios. Y Él no va a cambiar de parecer al respecto. Tanto el propósito como los medios le pertenecen a Él. Tú has aceptado el propósito; los medios se te proveerán. Un propósito como éste es inconcebible sin los medios. Él proveerá los medios a todo aquel
que comparta Su propósito.

Elegimos el propósito de dejar el infierno del especialismo y el dolor. El medio es la capacidad del Espíritu Santo de traducir la relación especial en
una relación santa. Decidimos nuestro objetivo y se nos proporciona el medio del perdón; no en el sentido de que el Espíritu Santo nos envía personas o arregla nuestras aulas, sino que Suyos son los ojos a través de
los cuales miramos de manera diferente el mundo que fabricamos, aprendiendo a ver que la salvación lo incluye todo: "un hermano es todos
los hermanos" (L-pl.161.4:1).

(V.5) No es un sueño amar a tu hermano como a ti mismo, ni tu relación
santa es tampoco un sueño. Lo único que aún le queda del mundo de los
sueños es que todavía es una relación especial. Mas le es muy útil al Espíritu Santo, Quien tiene una función especial aquí. Tu relación se convertirá en un sueño feliz a través del cual Él podrá derramar Su alegría sobre miles y miles de personas que creen que el amor es
miedo
y no felicidad. Deja que Él lleve a cabo la función que Él le asignó a tu

relación al aceptarla en tu nombre, y no habrá nada que no contribuya a ella para que se convierta en lo que Él quiere que sea.

La relación santa no es un sueño en el sentido de que no es la pesadilla del

ego sino la corrección del Espíritu Santo, el sueño feliz a través del cual Él

despierta a la mente durmiente del Hijo. El símbolo de miles y miles se repite a lo largo de Un Curso de Milagros, y aquí expresa el principio de que cuando me curo, no soy el único que se cura (L-pl.137). En Sus manos,

la relación especial se convierte en el medio por el cual nosotros y la Filiación - "miles y miles" - somos curados. Nuestra "pequeña dosis de buena voluntad" es la función especial que permite que el Espíritu Santo

cumpla la Suya.

(V.6:1-2) Cuando sientas que la santidad de tu relación se ve amenazada por algo, detente de inmediato, y, a pesar del temor que puedas sentir, ofrécele al Espíritu Santo tu consentimiento para que Él cambie ese instante por el instante santo que preferirías tener. Él jamás

dejará de complacer tu ruego.

El Espíritu Santo solo pide nuestra vigilancia cuando estamos molestos y no

estamos en paz. Necesita-mos ser conscientes de cuando hemos elegido el

ego, ya que nos sentimos bien porque obtuvimos lo que queríamos, incluso

a costa de otros. Tomando conciencia de este deseo de especialismo, vamos

hacia adentro y pedimos: "Por favor, ayúdame a ver esto de otra manera".

No pedimos que se nos quite la relación especial, porque el Espíritu Santo

no sabe de cuerpos. Él sabe acerca del pensamiento de culpa que fue hecho

para ocultar Su Pensamiento de Amor, y es esto lo que Su Amor elimina

cundo lo elegimos en lugar de los pobres sustitutos de amor especial y de

odio especial del ego.

(V.6:3-7) No te olvides de que tu relación es una unidad, y, por lo tanto, es inevitable que cualquier cosa suponga una amenaza para la paz del otro. El poder de haberos unido a su bendición reside en el hecho de que ahora es imposible que tú o tu hermano podáis experimentar miedo por separado, o intentar lidiar con él por vuestra cuenta. Jamás pienses que eso es necesario o incluso posible. Pero de la misma manera

en que es imposible, es imposible también que el instante santo le llegue

a uno de vosotros y no al otro. Y os llegará a ambos a petición de cualquiera de los dos.

El principio subyacente aquí es que las mentes están unidas. Aunque una o

ambas personas no sean conscientes de su compartida mente dividida, permanecen unidos en el poder de reforzar las decisiones de otros, ya sean

de mentalidad-correcta o de mentalidad-errada. Esta unidad de mentes es la

nota clave de la salvación porque anuncia el fin del sistema de pensamiento

de separación del ego en el que intereses separados es la ley gobernante (y destructiva).

(V.7) El que esté más cuerdo de los dos en el momento en que se perciba

la amenaza, debe recordar cuán profundo es su endeudamiento con el otro y cuánta gratitud le debe, y alegrarse de poder pagar esa deuda brindando felicidad a ambos. Que recuerde esto y diga:

Deseo que éste sea un instante santo para mí, a fin de compartirlo con mi

hermano, a quien amo. Es imposible que se me pueda conceder a mí sin

él o a él sin mí. Pero nos es totalmente posible compartirlo ahora. Elijo, por lo tanto, ofrecerle este instante al Espíritu Santo, para que Su bendición pueda descender sobre nosotros, y mantenernos a los dos en

paz.

Esta es la llave para sanar todas las relaciones especiales. Al menos una de

las dos personas debe estar cuerda para dar un mensaje diferente para

ambos: "[Nosotros] podríamos ver paz en lugar de esto (L-pl.34). Yo elijo el instante santo para ti, tú eliges para mí, y ambos elegimos para nosotros mismos". Cualquiera que sea el resentimiento sostenido contra el otro, y la odiosa alegría que traen, palidecen hasta la insignificancia cuando son comparados con el dolor causado por negar al Hijo de Dios la paz que es su derecho, por ser el Hijo de Dios. Estamos locos por creer lo contrario, y Jesús nos llama a elegir de nuevo, en agradecimiento por la oportunidad por la cual su amor nos permite decidir contra la culpa y su proyección, y en favor del amor y su extensión.

Con el apoyo de nuestra cordura recién elegida, le pedimos al Espíritu Santo que nos ayude a traducir nuestras percepciones de los cuerpos como instrumentos de exclusión en percepciones que incluyen a todas las personas; el cambio que comienza y termina en la mente. Si bien nuestra resistencia hace que Un Curso de Milagros sea difícil, en principio es fácil porque todo lo que se nos pide es que miremos – no que arreglemos, cambiemos ni hagamos nada. El proceso nos pide que aprendamos cuánto no queremos aprender este curso, cuánto no queremos dejar ir nuestra culpa y miedo, y con qué fuerza nos aferramos a las percepciones de un trato injusto por parte de un mundo insensible. Pedir ayuda significa que miramos con la mente abierta la situación, junto con las consecuencias dolorosas de aferrarnos a pensamientos de especialismo. Practicar diligentemente nuestras lecciones de perdón es la forma en que finalmente dejamos este mundo y entramos en el estado mental del mundo real. El mundo real

Regresaremos ahora a "Los dos mundos" y terminaremos el viaje del perdón que comenzó en el mundo sombrío de especialismo del ego.

Elegimos en contra de este, reconociendo que hemos estado escuchando la voz equivocada: separación en lugar de Expiación. Tomando la mano de Jesús, volvemos sobre el camino que nos condujo al mundo, volviendo a la mente para centrarnos en el sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo que fabricó el mundo especial de cuerpos. En nuestras mentes correctas por fin decimos y significamos: "Acepto la Expiación para mí mismo, y rechazo la voz loca que no me llevó a ninguna parte y sólo me trajo dolor a mí y a aquellos cuyas vidas que he tocado". Dejamos el ego para siempre y estamos en el mundo real, en el que permanecemos por un instante hasta que Dios nos eleve hacia Sí Mismo – Su último paso. Comenzamos con un pasaje de principios del capítulo: (II.9:4-8) El Espíritu Santo ha depositado dulcemente el mundo real en tu relación: el mundo de sueños felices, desde los cuales despertar es algo tan fácil y natural. Pues del mismo modo en que los sueños que tienes cuando estás dormido y los que tienes cuando estás despierto son una representación de los deseos que albergas en tu mente, así también el mundo real y la verdad del Cielo están unidos en la Voluntad de Dios. El sueño del despertar se convierte fácilmente en realidad. Pues ese sueño refleja tu voluntad unida a la Voluntad de Dios. Y lo que esa Voluntad dispone que se haga jamás ha dejado de hacerse. Esto refleja la fórmula del Curso de ver el rostro de Cristo en nuestro hermano y recordar a Dios. En otras palabras, deshacer el ego primero hace que nuestras relaciones sean santas, y luego se desvanezcan suavemente en la Santidad Misma. Tanto las relaciones especiales como las santas son parte de la misma ilusión, arraigada en el sueño dualista de separación; una

nos mantiene dormidos, la otra nos despierta felizmente. Tanto si nuestros cuerpos están dormidos o despiertos, la mente está activa y siempre está eligiendo entre el ego y el Espíritu Santo. Cuando regresa la cordura, elegimos el reflejo del Cielo como nuestra única guía, y la visión de Jesús de intereses compartidos se transfieren fácilmente a la Unidad de Cristo, la realidad inmutable de la verdad.

(IX.9:1-2) Este mundo de luz, este círculo de luminosidad es el mundo real, donde la culpabilidad se topa con el perdón. Ahí el mundo exterior se ve con ojos nuevos, libre de toda sombra de culpabilidad. Todavía estamos dentro de la ilusión, pero ahora miramos al mundo a través de los ojos del perdón que no ven el mal y donde la inocencia no se consigue a expensas de otro. Los cuerpos, vagamente vistos, se reconocen

como algo donde una vez se albergaron pensamientos separadores de culpa proyectada, pero ahora están unificados en el propósito del perdón: recordando el Pensamiento sanador de Expiación.

(IX.9:3-7) Aquí te encuentras perdonado, pues aquí has perdonado a todo el mundo. He aquí la nueva percepción donde todo es luminoso y brilla con inocencia; donde todo ha sido purificado en las aguas del perdón y se encuentra libre de cualquier pensamiento maligno que jamás hayas proyectado sobre él. Ahí no se ataca al Hijo de Dios, y a ti se te da la bienvenida. Ahí se encuentra tu inocencia, esperando para envolverte, protegerte y prepararte para el paso final de tu viaje interno. Ahí se dejan de lado los sombríos y pesados cortinajes de la culpabilidad, los cuales quedan dulcemente reemplazados por la pureza y el amor.

El perdón no hace nada más que limpiar el fango que la culpa y el odio habían causado. En su lugar está la inocencia prístina que nunca perdimos ni tiramos. Solo nos quedamos dormidos, y a pesar de nuestros sueños de pecado y ataque, sufrimiento y muerte, los sueños felices del Espíritu Santo

de pureza compartida han abierto nuestros ojos, preparándonos para el final del viaje.

(IX.10:1-4) Pero ni siquiera el perdón es el final. El perdón hace que todo sea bello, pero no puede crear. Es la fuente de la curación; el emisario del amor, pero no su Fuente. Se te conduce ahí para que Dios Mismo pueda dar el paso final sin impedimentos, pues ahí nada se opone al amor, sino que se le permite ser lo que es.

Hemos vuelto al punto de elección ontológica cuando, como un solo Hijo,

elegimos el ego. Aun dentro de la ilusión, aunque por poco tiempo, tomamos la decisión final por el perdón del Espíritu Santo y Su Expiación

que eliminan todos los restantes obstáculos al amor. El recuerdo del amor

del Cielo abre suavemente nuestras mentes y corazones al mundo real, el

precursor del último paso de Dios.

(IX.10:5-7) Un paso más allá de este santo lugar de perdón – paso éste que te lleva aún más adentro pero uno que tú no puedes dar, te transporta a algo completamente diferente. Ahí reside la Fuente de la luz; ahí nada se percibe, se perdona o se transforma, sino que simplemente se conoce.

Así es el mundo real trasladado al Cielo. Sin embargo, este no es el enfoque

de Un Curso de Milagros, cuyo mensaje de la verdad ilumina el camino que

lleva de la percepción al conocimiento, ayudándonos a perdonar y alcanzar

el mundo real. La suave luz del amor hace el resto cuando "entramos y desaparecemos en el Corazón de Dios" (L-pII.14.5:5).

(IX.11:1) Este curso te conducirá al conocimiento, pero el conocimiento en sí está más allá del alcance de nuestro programa de estudios.

Recuerda estas palabras del principio del texto:

Este curso no pretende enseñar el significado del amor, pues eso está más allá de lo que se puede enseñar. Pretende, no obstante, despejar los obstáculos que impiden experimentar la presencia del amor...

(Tin.1:6-7; cursiva omitida).

Un Curso de Milagros trata sobre el ego y su deshacimiento, no sobre Dios

y Su Amor. Mirar el sistema de pensamiento del ego sin juicio deshace lo
que nunca fue, permitiendo que la verdad regrese a nuestra conciencia, con
el conocimiento de Dios ya asomado en nuestra mente sanada.
(IX.11:2) Y no es necesario que tratemos de hablar de lo que por siempre ha de estar más allá de las palabras.
Hablando de lo que está más allá de nuestra capacidad de entender, Jesús
reitera lo anterior a lo largo del Curso, diciendo en efecto: "No hay forma
de que pueda explicártelo, ni sería de ayuda. No vamos hablar de la verdad,
sino sólo de la ilusión y de su eliminación mediante el perdón. La verdad
vendrá por sí misma, una vez que se ha preparado un hogar para ella".
"Sí",
le decimos agradecidos a nuestro amado hermano, y le damos la bienvenida
con gozo al regreso de la verdad a nuestra mente.
(IX.11:3-12:4) Lo único que tenemos que recordar es que todo aquel que alcance el mundo real, más allá del cual el aprendizaje no puede ir,
irá más allá de él, pero de una manera diferente. Allí donde acaba el aprendizaje, allí comienza Dios, pues el aprendizaje termina ante Aquel que es completo donde Él Mismo comienza y donde no hay final. No debemos ocuparnos de lo que es inalcanzable. Aún es mucho lo que nos
queda por aprender, pues todavía tenemos que alcanzar la condición de
estar listos para el conocimiento.
El amor no es algo que se pueda aprender. Su significado reside en sí mismo. Y el aprendizaje finaliza una vez que has reconocido todo lo que no es amor. Ésa es la interferencia; eso es lo que hay que eliminar. Leemos aquí otra declaración clara del propósito de Jesús: deshacer la culpa
mediante el milagro de corrección. Es por eso que esto se llama Un Curso
de Milagros y no Un Curso de Amor. El amor que yace más allá de la

interferencia del ego no es la preocupación de Jesús para nosotros, porque se reforzaría nuestro miedo. Cuando la interferencia del especialismo haya desaparecido a través de nuestro aprender a perdonar, el amor simplemente es, y somos uno con su Ser. Allí donde acaba el aprendizaje, allí comienza

Dios. Y ahí estamos como Cristo, el Hijo de Dios tal como Él lo creó. (IX.13) Tu relación con tu hermano ha sido extraída del mundo de las sombras, y su impío propósito conducido sano y salvo a través de las barreras de la culpabilidad, lavado en las aguas del perdón y depositado radiante en el mundo de la luz donde ha quedado firmemente enraizado. Desde allí te exhorta a que sigas el mismo camino que tu relación tomó, al haber sido elevada muy por encima de las tinieblas y depositada tiernamente ante las puertas del Cielo. El instante santo en el que tú y tu hermano os unisteis no es más que el mensajero del amor, el cual se envió desde más allá del perdón para recordarte lo que se encuentra allende el perdón. Sin embargo, es a través del perdón como todo ello se recordará.

Un hermoso párrafo cae suavemente en cascada sobre otro, mientras Jesús nos da la bienvenida a su hogar, el mundo real que es nuestro hogar lejos del hogar. El perdón marca el comienzo de este único pensamiento de luz y belleza, llevándonos a nosotros y a nuestros hermanos desde el tenebroso mundo de la culpa hasta las puertas del Cielo, más allá de las cuales Dios nos recibe como Su Ser.

(IX.14:1) Y cuando el recuerdo de Dios te haya llegado en el santo lugar del perdón, no recordarás nada más y la memoria será tan inútil como el aprendizaje, pues tu único propósito será crear. Cuando el perdón haya cumplido su propósito de limpiar nuestro pecado y odio, todo lo que quedará es el recuerdo de Dios. Cuando nuestro aprendizaje esté completo, incluso este recuerdo se desvanece en su Fuente

y estamos en casa cumpliendo nuestra verdadera función de creación.
Lo
que nunca fue no se puede recordar y el mundo se desvanece en la
nada
mientras desaparecemos en el presente eterno del Amor eterno de
nuestro
Creador.

(IX.14:2-5) Mas no podrás saber esto hasta que toda percepción haya
sido limpiada y purificada, y finalmente eliminada para siempre. El
perdón deshace únicamente lo que no es verdad, despejando las
sombras del mundo y conduciéndolo - sano y salvo dentro de su
dulzura - al mundo luminoso de la nueva y diáfana percepción. Allí se
encuentra tu propósito ahora. Y es allí donde te aguarda la paz.

La hermosa maravilla del mundo real está más allá de cualquier cosa
que
podamos aceptar actualmente, o incluso de lo que deseamos, porque
todavía

tememos a su amor. De hecho, fabricamos el mundo de la culpa del
ego -

pensamiento y materia - porque en presencia del amor nuestro yo
especial

desaparece. Jesús no mora con nosotros en este mundo lleno de luz,
sino

que con su luz curativa ilumina el mundo de oscuridad del ego.

Nosotros

elegimos este resplandor en el instante santo cuando llevamos la
oscuridad

de nuestra ilusión a la luz de su verdad. Para alcanzar nuestra meta es
esencial que apliquemos el propósito del perdón a nuestras vidas, y
Jesús

nos urge a no buscar cambiar nuestras situaciones, ni las de los
demás, lo

que reflejaría las "buenas intenciones" en las que nos dice que no
confiemos. En cambio, nos ruega que miremos nuestro deseo de
mantener

el ego intacto, dándonos cuenta del dolor que nos cuesta, un precio
que ya

no estamos dispuestos a pagar porque la atracción del amor por el
amor es

demasiado fuerte para ser resistida incluso un instante más.

Conclusión.

Concluimos este movimiento con el hermoso párrafo que cierra "Luz en el

sueño", que describe el final del camino que hemos emprendido con Jesús.

Tomar su mano significa tomar las manos de todos los que habíamos querido excluir de la Filiación, ya sea haciéndonos dependientes de ellos

(amor especial) o queriendo atacarlos directamente (odio especial), sintiéndonos justificados en destruir a los malhechores que percibíamos

fuera de nuestras mentes atormentadas por la culpa. Hemos aprendido que

cuando tomamos de la mano a una persona, hemos tomado la de todos,

porque nadie está fuera del Cristo, el Ser que habita en cada uno de nosotros

como el único Hijo de Dios.

(III.8) Ni una sola luz en el Cielo deja de acompañaros. Ni uno solo de los rayos que brillan para siempre en la Mente de Dios deja de iluminaros. El Cielo se ha unido a vosotros en vuestro avance hacia Él. Si se han unido a vosotros luces tan potentes que infunden a la pequeña

chispa de vuestro deseo el poder de Dios Mismo, ¿cómo podríais vosotros seguir en la obscuridad? Tú y tu hermano estáis retornando a casa juntos, después de un largo e insensato viaje que emprendisteis por separado y que no os condujo a ninguna parte. Has encontrado a tu

hermano, y cada uno de vosotros alumbrará el camino del otro. Y partiendo de esa luz, los Grandes Rayos se extenderán hacia atrás hasta la obscuridad y hacia adelante hasta Dios, para desvanecer con su resplandor el pasado y así dar lugar a Su eterna Presencia, en la que todo resplandece en la luz.

Esta es nuestra oración para nosotros mismos, para que ya no elijamos el

mundo tenebroso de la culpa y el ataque, sino que caminemos felices con

Jesús hacia la luz en la que termina el viaje desde el infierno al Cielo. El Gran Rayo de nuestro Ser nos da la bienvenida, tal como lo habíamos

recibido a través del perdón de nuestros socios especiales. Damos gracias a nuestro Padre que nunca nos abandonó, sino que extendió Su resplandeciente Amor para iluminar el camino de nuestro regreso, junto con todos nuestros hermanos. Ahora entramos gozosos en la Presencia de Dios y por fin estamos en paz.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.